



CUENTOS DE CHILE 1

SELECCIÓN DE FLORIDOR PÉREZ



CUENTOS DE CHILE 1

SELECCIÓN DE
FLORIDOR PEREZ



ÍNDICE

Picanto Joven

I.S.B.N.: 978-956-12-1344-9.
17ª edición: abril de 2012.

Obras Escogidas

I.S.B.N.: 978-956-12-1355-5.
18ª edición: abril de 2012.

Dirección editorial: José Manuel Zañartu.
Dirección de arte: Juan Manuel Neira.
Dirección de producción: Franco Giordano.

© 1995 por Floridor Pérez Lavín.
Inscripción Nº 93.138. Santiago de Chile.
Derechos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700, Piso 10. Providencia.
Teléfono 8107400. Fax 8107455.
www.zigzag.cl / E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

Impreso en R y R Impresores.
Curimanca 771. San Miguel.
Santiago de Chile.

Palabras preliminares	7
Marta Brunet (1897-1967)	
<i>Historia con dos gatas</i>	9
Juan Tejeda (1915-1972)	
<i>La mudada de la goma</i>	13
Herbert Müller (1923-1995)	
<i>Blup</i>	15
Marcela Paz (1904-1985)	
<i>El sexo debil</i>	19
Carlos Ruiz-Tagle (1933-1991)	
<i>Los soldados</i>	23
Alicia Morel (1921)	
<i>Los reinos de la tierna</i>	27
Carmen de Alonso (1909-1993)	
<i>Los amos de la laguna</i>	35
Ana María Güiraldes (1949)	
<i>El polanín azul</i>	45
Saúl Schkolnik (1929)	
<i>Yo como, tú comes, él come</i>	49
Daniel Riquelme (1854-1912)	
<i>El perro del regimiento</i>	53

PALABRAS PRELIMINARES

Oscar Castro (1910-1947)	
<i>Lucero</i>	61
Ernesto Montenegro (1885-1967)	
<i>Por una docena de buenos duros</i>	71
Luis Durand (1895-1954)	
<i>Afuertinos</i>	77
Datos biográficos de los autores	95

*"Soñé que era muy niño,
que estaba en la cocina
escuchando los cuentos
de la vieja Paulina."*

Diego Dublé Urrutia

Cuando los adultos se quejan de que los niños han perdido el hábito de la lectura, olvidan decir que ellos perdieron primero el hábito de contar cuentos, que era una invitación y una tentación a leer.

La lectura familiar es una tradición perdida, y no se trata de un cambio de modas, sino de modos de vida: la palabra unía a la familia de ayer en torno al libro, como la imagen la separa hoy frente al televisor mal usado. (Porque no es la existencia de la televisión lo que mata la lectura, sino su "competencia desleal" con el libro.)

Por otra parte, en la escuela de antaño el cuento fue siempre una entretención, mientras que para el estudiante de hoy se convierte en un trabajo, y muchas veces en un difícil problema de análisis.

Si el hogar y la escuela tienen mucha responsabilidad en el alejamiento del niño y la lectura, también podrán participar eficazmente en su feliz reencuentro, y este libro quiere ser una contribución a esa tarea pendiente. Su primer aporte será poner al alcance del lector un conjunto de cuentos y autores convertidos por la tradición en clásicos escolares, junto a otros nombres incorporados en los últimos años, más alguna

PALABRAS PRELIMINARES

proposición personal, como los textos de Carlos Ruiz-Tagle y Herbert Müller.

La ordenación sigue un grado de creciente complejidad, y por lo tanto de mayor exigencia de comprensión lectora, por lo que no es raro que coincida con las sugerencias de lectura del Programa de Castellano desde cuarto a sexto año básico.

Publicados hace diez años en dos volúmenes, estos CUENTOS DE CHILE se agotaron rápidamente, pese a que en aquel proyecto inicial no pudimos contar con varios cuentos y autores que nos parecían indispensables, y que ahora se agregan.

En la presente edición –aumentada y reordenada– los números 1 y 2 que identifican a cada volumen indican que se trata de dos libros independientes, que se pueden leer por separado, pero de una sola obra: CUENTOS DE CHILE 1 y 2, antología básica, en el sentido elemental, pero también en el sentido de lectura fundamental para el estudiante y provechosa para cualquier lector que se proponga un primer acercamiento cordial a la narrativa chilena.

Floridor Pérez

Historia con dos gatas

Marta Brunet

Resulta que una vez en una casa muy grande, donde vivían dos señoras muy viejas, muy viejas, había dos Gatas que tenían cada cual un Gatito chiquitito, negro y todavía con los ojitos cerrados. Y resulta que a una de las Gatas –que se llamaba Linda– se le murió su hijito y ella no hallaba qué hacer de pena y se lo pasaba maullando y recorría todas las piezas de la casa, porque la pobrecita no quería convencerse de que su Gatito había muerto. Y andando, andando, Linda llegó al sitio donde estaba la otra gata con su hijito. Esta Gata se llamaba Pinta. Y resulta que Linda creyó que el Gatito de Pinta era el suyo, y se puso furiosa y dio un maullido terrible, diciendo que aquél era su hijo, y el rabo se le erizó y los ojos le brillaron y las uñas parecían alfileres de esos bien puntiagudos. Y al ver esta actitud, Pinta contestó que el Gatito era suyo, y tomando la defensiva, empezaron a pelear como fieras salvajes.

Volaban los pelos, sangraban las naices, las orejas eran las que padecían los peores mordiscos y los maullidos que daban eran como rugidos de puma. Y tanto fue la pelotera, que llegaron las dos viejas señoras con las viejas sirvientas, y a fuerza de escobazos y hasta de jarros de agua consiguieron separar a las dos Gatas, medio locas de rabia y hechas una compasión.

El caso fue que las dos quedaron tan malheridas, que al día siguiente Linda no pudo salir de su cajón, porque apenas veía, con los ojos hinchados por los arañazos y mordiscos. Pero la pobre Pinta estaba descaderada por un feroz palo que le dieran al querer separarlas, y se sentía tan mal, la infeliz, que pensó en que iba a morirse y en que no era posible dejar a su Gato abandonado, sin nadie que le diera de mamarr ni que lo cuidara siquiera.

Entonces Pinta tomó al Gato en el hocico —como ustedes saben que hacen las Gatas—, y andando con suma dificultad, arrastrándose, mejor dicho, llegó hasta el cajón en donde estaba Linda, medio ciega y llena de tristezas y de rencores.

Fue Pinta la que habló primero, porque la otra no hallaba qué pensar ni qué decir al verla.

—No vengo en son de pelea, Linda. Bien caro nos ha costado lo de ayer. Siento todo esto por mi Gato, yo voy a morir, estoy segura de ello. Nuestro instinto no nos engaña, ya lo sabes. Y no quiero que mi Gato quede solo en el mundo, sin una mamá que lo cuide y lo alimente. Te lo traigo. Te lo doy. Tú has perdido

a tu hijito. Quédate con este mío, y sé buena con él.

Linda se alzó en su cajón, pero, como no veía, se quedó esperando que Pinta le entregara al Gato. No podía contestar de emoción. Cuando sintió el blando paquete que Pinta echaba suavemente a su lado, se hizo un rollo, formándole un nido en que su nuevo hijito se acomodó, lleno de regalonerías. Entonces habló:

—Puedes confiar en mí. No te imaginas cuánto te agradezco que me lo hayas dejado. Lo cuidaré como si en verdad fuera mi hijito, mi Gato mío. Puedes morir tranquila.

Y empezó a lamerte la cabecita al Gato, que se había puesto a almorzar. Pinta los miró un rato y después, silenciosamente, con mucho trabajo, se fue arrastrando hasta un rincón oscuro de la bodega, para morir al poco rato.

Linda crió al Gato con todo cariño, lo mismo que si hubiera sido su hijito. Y resulta que lo más curioso de esta historia es que es cierta!

La maldad de la goma

Juan Tejeda

A veces, la Goma se portaba mal. Por gusto, por el puro gusto de comer y de hacer mal, borraba todo lo que el Lápiz, el Portaplumas de escribir y yo hacíamos. A veces teníamos los dibujos más lindos. Lla los borraba, nada más que para comer y ciar su apetito voraz. Este cuento de la Goma es muy boni pero ella se ha dado el gus de borrarlo

far muchas part en blanco para que nadie pueda leerlas y nunca ja saber lo que yo quería decir acerca de la Goma

Lo mejor que podemos hacer con la Goma es borrarla a e para que así no siga moles más.
y cuando escriba otro li
no diré nada de la Goma a menos que ella misma me lo pi

Blup

Herbert Müller

—Papá, Mercedes dice que hoy almorzaremos pescado.

—Claro, hijo mío, es viernes. Hoy no se come carne.

—Pero, papá, ¿qué es un pescado?

—¡Hm! El pescado es un animalito que vive bajo el agua.

—Y ¿cómo? ¿Vive bajo el agua y no respira?

—Sí, mi amor. Respira con unos pulmoncitos especiales; se llaman branquias.

—¡Cuéntame un cuento de branquias!

—Ahora no, hijito.

—Cuéntame uno de pescadito...

—¡Hm! Había una vez un pescadito...

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Blup.

—¿Por qué?

—Porque al hablar echaba gorgoritos que hacían blup, blup, blup.

—¿Y cómo era?

—Era suave y plateado. Se deslizaba por el agua alejando feliz.

—¿Tenía ojitos?

—Sí, mi amor, un ojo a cada lado de la cabeza.

—¿Cómo la Mercedes?

—¡No, lindo! Y no le vayas a decir eso a la Mercedes, porque se va a enojar.

—¿Porque le digo que tiene cara de pescado?

—Sí.

—¿Son feos los pescados?

—No. Y hay que tenerles cariño. Tal vez todos fuimos pescados en un tiempo.

—¿La mamá también?

—Eis mejor que no se lo preguntes... Blup vivía feliz y contento debajo del agua, jugaba en la arena que hay en el fondo del mar y les llevaba cosas de comer a los caracoles.

—¿Quiénes son esos señores caracoles?

—Otros animalitos que viven en el mar.

—¿Cómo son?

—Parecen orejas. Orejas grandes y orejitas. Se arrastran muy despacito.

—Y ¿qué es lo que escuchan?

—¡Hum! Escuchan... Se pasan escuchando a qué hora llega Blup que les trae de comer.

—¿Y Blup les lleva de comer?

—Blup les llevaba ramitas, cochayuyos, algas y otras yerbas raras que allí crecen.

—Blup era bueno, ¿verdad?

—Muy bueno.

—¿Y qué comía Blup?

—Blup comía... otros pescaditos más chicos.

—¡Ah! Entonces no era tan bueno. Si yo me como a mi hermanito, mi mamá se enoja, ¿verdad?

—Pero claro que se enojaría. Es que Blup no sabía nada, hasta que un día que corría tras una medusa para comérsela, esta se dio vuelta y le dijo: "Blup, señor pescadito, no me coma, por favor; soy más chiquita que usted, pero también quiero vivir".

—¿Y qué hizo Blup, entonces?

—A Blup le dio pena y se puso a llorar.

—¿Con los dos ojos?

—Con los dos ojos.

—¿Y no se la comió?

—No se la comió. La medusa le dio un beso y se fue echando chispitas de felicidad.

—¿Y qué hizo Blup, entonces?

—Blup se quedó pensando, pensando, hasta que otro pescado más grande se lo tragó.

—¿Se lo tragó?

—Es decir, se lo iba a tragar cuando Blup se dio vuelta y le dijo: "Blup, señor pescado, no me coma, por favor; soy más chiquitito que usted, pero también quiero vivir". Y el pescado se puso a llorar. Y Blup le contó lo que le había pasado con la medusa y ambos corrieron a buscarla. La encontraron justo cuando otro pescado

se la iba a comer y la dejaba ir, porque ella lo había convencido. Entonces se juntaron y la medusa les preguntó: ¿Tienen hambre? Sí, contestaron los pescaditos. Pero si todo es muy simple, les dijo la medusa. No sean tontos. ¿No ven que por todos lados hay cosas ricas? No es necesario que nos comamos los unos a los otros. Y los pescados vieron lo que antes no habían visto. Y quedaron con la guatita llena.

—¿Y ahora todos son buenos?

—Casi todos... los amigos de Blup. ¡Blup! y sus amigos dan el ejemplo. Ahora, anda a almorzar.

—Señor, el niño está llorando, dice que él no es malo, que no quiere comerse a un tal Blup.

—¡Por Dios! ¿Es que no se le puede contar un cuento a un niño?

El sexo débil

Marcela Paz

—Mónica... ¿estás durmiendo? —la voz era un secreto en la oscuridad que rodeaba la camita de Pepe.

—Mónica... —Algo oprimía su garganta y el miedo iba creciendo ante el silencio.

—Mónica... ¿estás despierta? —insistió la voz llorosa.

Crujió un mueble, como si un fantasma lo fuera a reventar y Pepe, que no podía dormir, rompió a llorar en tono lastimero.

Se sentía tan solo. La casa entera dormía y él había quedado atrás en medio de la oscuridad, solo, con los fantasmas de la noche.

—¿Qué tienes, Pepe? —preguntó una voccecita soñolienta en la cama vecina.

—Tengo miedo... —sollozó sintiendo que ese miedo se alejaba al oír la voz de su hermana.

—¿No te puedes dormir?

—¡No! —Pepe reanudó su llanto, lleno de compasión de sí mismo.

—No hay que pensar en dormir si quieres tener sueño. Piensa en otra cosa...

—Ya pensé todo —dijo Pepe muy serio.

—Quizás puedes contar hasta...

—Conté hasta que me desvelé. No es fácil cuando uno es chico. Si tú me cuentas un cuento, de esos que tú inventas, me dormiré...

Mónica sonrió en la oscuridad. Pepe le estaba diciéndolo, sin quererlo, que sus cuentos eran muy aburridos.

—¿Te cuento el del pelito que se cayó en la sopa?

—No. Me da hambre la sopa. Inventa otro. ¡Uno nuevo!

Mónica se enderezó en la cama, alzó las rodillas y rodeándolas con sus brazos, apoyó la cabeza en ellos, buscando inspiración.

—Había una vez una coneja blanca que tenía las orejas tan largas, que no podía esconderlas entre los matorrales. Los cazadores, al verlas, creían que eran palomas, y apuntaban. Pero ella era más rápida... y lograba escapar. A causa de sus orejas ella era siempre la primera en oír a los perros que anunciaban a los cazadores y les avisaba el peligro a los demás para que se escondieran. Un día, por correr a avisarle a una vieja liebre un poco sorda, quedó enredada en una mata de espino: una de sus orejas blancas se ensartó en el espino y la detuvo.

Al verla en apuros, los conejos, que la querían mucho, trataron de ayudarla.

—Somos hombres —dijeron—. ¡Atacaremos a los perros! —y apenas dicho esto, apareció la jauría, grande,

loca y bulliciosa. También los vio la coneja y les gritó: «Huid», y los conejos se dispersaron por el monte y desaparecieron en sus guaridas.

Eran tantos que, corriendo tras ellos, los perros les perdieron la pista y volvieron jadeantes. Los vieron reunidos muy cerca del espino.

—¡Nadie podrá cogerte porque mis espigas te defenderán! —dijo el espino a la coneja blanca.

Una mata de orégano que oyó al espino no quiso ser menos:

—Despediré mi fragancia para despiarlos...

—Yo sacudiré mis flores para que crean que hay alguien escondido.

Y los lirios del campo se ofrecieron:

—Nos empinaremos para que crean que tus orejas son solo un par de lirios como nosotros.

La coneja blanca se conmovió ante el cariño del campo y agradeció a nombre de sus treinta hijos lo que hacían por ella. Solo la preocupaba Algodoncito, el menor que era tuerto y muy aturdido para correr... Y en ese mismo instante lo divisó que escapaba de entre los juncos y se disparaba por el monte. Sintió una angustia terrible en el corazón. Los perros también habían visto a Algodoncito y se largaban tras él.

La coneja blanca se desprendió de un salto del espino y con su oreja partida en dos, atravesó la jauría como un balazo, desorientando a los perros.

Dando saltos y cruzándose en su loca carrera, no la

alcanzaban los perros, enfurecidos de no poder cogerla. Pero, entretanto, la coneja iba perdiendo sangre y su piel blanca, manchada de rojo, apenas tenía fuerza.

Un repollo muy grande se abrió ofreciéndole cobijarla, pero la coneja, pensando en su aturrido Algodoncito, no se detuvo y continuó su carrera.

—Los perros no se conformarán sin lograr una presa como premio del día... —pensó y siguió corriendo.

Pero de pronto se doblaron las orejas blancas y sobre estas se recostó sin vida la coneja.

Jadeando, pero triunfantes, llegaron los perros... Al verla ya sin vida, le volvieron la espalda y regresaron donde el cazador.

—Nunca vi una piel más blanca —dijo él al mirarla y continuó su camino.

—¿Te gustó el cuento, Pepe?

Pero no hubo respuesta. Mónica comprendió que se había dormido y se arropó en su camita. Ahora era ella la desvelada y por su imaginación corrían conejitos de todos los colores.

Los soldados

Carlos Ruiz-Tagle

Para dormirse necesita a la mamá y a los soldados de plomo. Pero a la mamá no le gustan los soldados en la cama.

—Es que así, Gonzalo, yo no puedo dormir. Me pinchan cuando me doy vuelta.

Gonzalo no quiere deshacerse de los soldados de plomo ni de los indios.

—Tienes que sacar los indios.

Ella se ve muy hermosa con su camisa blanca. Apaga la luz y le pregunta:

—¿Sacaste los lanceros?

—No, mamá.

Vuelve a encender la luz y entonces separa a los lanceros.

La mamá le ha enseñado la oración del Ángel de la Guarda y la rezan juntos. Después hay un silencio. Gonzalo no termina de darse vuelta.

—En el jardín —le dice la mamá— todos están durmiendo. El perro ronca junto a la puerta, el canario es solo una bolita amarilla y la tortuga no ha sacado más la cabeza de la concha.

—Y el David, ¿está durmiendo?

—David también está durmiendo —le dice la mamá acariciándole la cabeza lentamente—. Todos los niños del mundo están durmiendo. ¡Ay!

—Pero mamá, tiraste al suelo al capitán.

—¿Qué me importa a mí el capitán!

—Prende la luz. Es que sin el capitán, los otros no van a saber qué hacer.

—No voy a encender la luz —y ella deja de acariciar a Gonzalo.

En la población donde viven, los vendedores vocan sus mercaderías hasta muy tarde. Por allá lejos se oye a un vendedor de tortillas. Los niños le llaman “el Torillas”, incluso durante el verano, cuando vende helados.

—Ves —le dice la mamá a Gonzalo—. Ya pasó “el Torillas” y tú todavía no te has dormido.

Gonzalo, para dormirse, dice que necesita ver la estrella.

—¿Cuál estrella? —pregunta ella, bostezando.

—La que se ve por la puerta de la cocina.

Ha sido un gran descubrimiento el de esa estrella grande y amarilla.

—Anda a verla, corre.

Los pies de Gonzalo suenan suavemente en las bal-

dosas, abre la puerta de la cocina y no tarda en volverse a la cama.

—Yo la vi —le dice—. Estaba grande, mamá. Esa es la estrella de nosotros.

—¿Cerraste bien? Mira que los gatos...

En la oscuridad, Gonzalo reordena sus soldados, y advierte entonces que la mamá se ha empezado a dormir.

—Te quiero mucho —le dice, y le pasa la mano por la cara.

Ella ya no contesta. Gonzalo sabe que no puede encender la luz porque entonces la despertaría, pero recoge del suelo a los lanceros y a los indios y al resto de los combatientes.

Con la mano, tantea debajo del velador, hasta que halla al capitán que había sido separado del resto del batallón.

Ahora bosteza y mira a mamá que ronca plácidamente.

El sueño de ella hace acudir al de Gonzalo que, sin saber cómo, se desploma sobre todo un ejército.

Los reinos de la tierra

Alicia Morel

Un hermoso día de verano, la Hormiguita Cantora iba cantando con su carga al hombro; y por ir cantando y pensando en otras cosas, perdió el camino de su casa.

No sabía qué hacer; interrogando a las flores y a las piedras, cuando vio venir hacia ella al pomposo Caracol. La Hormiguita se alegró de ver una cara conocida y le preguntó:

—Señor Caracol,
perdí mi camino,
¿podría decirme
cuál es mi destino?

—¿Tu destino? —contestó desde lo alto de su cabeza. El único que conozco es el mío y para no perderlo, ando con la casa a cuestas.

Y el Caracol se dio una vuelta para que la Hormiguita apreciara la belleza y la comodidad de su casa. Pero en vez de admirarse, ella se compadeció:

—Quisiera ayudarte
con un buen consejo:
cargando tu casa
nunca irás muy lejos.

¡Pobre Caracol!
Llegarás a viejo
pudiéndote apenas
tu propio pellejo.

—¡Hormiga insolente! —gritó el Caracol—. ¿Cómo te atreves a decir que no llegaré lejos? ¡Si te alcanzo, te aplasto! La Hormiguita huyó de la furia del Caracol y sin darse cuenta, llegó a la puerta de un hormiguero que no era el suyo. Comprendió su error demasiado tarde: tres grandes hormigas la cogieron de las patas y se la llevaron a su reina para que diera orden de matarla. Al oír la dulce voz de su enemiga, la Soberana, que era caprichosa, le perdonó la vida y ordenó que la encerraran en una celda para que así cantara con más sentido. La Hormiguita, en vez de cantar, se puso a llorar sin consuelo. Pasó un día y una noche sin que nadie volviera a acordarse de ella.

Cuando parecía condenada a morir en su prisión, escuchó unos golpes y crujidos bajo sus patas temblorosas. No tardó en levantarse un terrón y asomó la cabeza blanca y el cuerpo larguirucho de un viejo Gusano.

—¿Quién llora en esta prisión? Yo soy un Gusano muy entendido en música y tus entonados lamentos me guiarán hasta aquí.

—Señor Gusano,
soy la Hormiguita
que llora y canta

con su penita.

—¿Cuál es tu pena, se puede saber?

—Las hormigas malas
de este hormiguero
me metieron presa
en este agujero.

—Con lo bien que cantas, debieron darte la libertad —gritó el Gusano con indignación—. Sígueme, porque yo, el Gusano Quitapenas, te ayudaré.

El Gusano se metió de cabeza por donde había venido y la Hormiguita lo siguió por una larga y caracolada galería hasta que llegaron a una pequeña puerta de madera.

—Detrás de esta puerta están los reinos de la tierra —explicó el Gusano. Ábrela, Hormiguita, que por aquí, algún día llegarás a tu casa.

La Hormiguita le agradeció con sus más finas entonaciones el haberla librado de su prisión y empujó con todas sus fuerzas la puerta que parecía no haberse abierto en muchos años.

El airecillo helado la hizo temblar; avanzó tres pasos en la oscuridad y se detuvo, alargando cautamente sus antenas. Poco a poco un brillo fosforescente le permitió ver dónde se hallaba: un enorme bosque blanco se extendía frente a ella hasta perderse de vis-

ta; frías gotas de agua caían aquí y allá, y formaban lentos riachuelos que mojaban esos extraños árboles. La Hormiguita preguntó qué era aquello y una voz ronca, otra aguda y otra muy clara le contestaron:

—Somos las raíces de los árboles.

—Somos las raíces de las hierbas.

—Somos las raíces de las flores.

Cuando las raíces callaron, otra voz pura, que casi cantaba, dijo:

—Yo soy el agua que moja las raíces y las raíces me beben. Yo soy el agua que sube y sube por las ramas. Yo soy el agua que me convierto en flores y en frutos.

La Hormiguita caminó por el bosque de raíces, bebió de una gota porque tenía mucha sed y siguió avanzando. Llegó a otra puerta muy pequeña, que al empujarla, se abrió sobre un gran silencio y una gran oscuridad. Un suave calor la envolvió. Preguntó dónde estaba y una voz lenta y pesada surgió de la negrura:

—Yo soy el Carbón... Hace muchos años, yo era un bosque alto y frondoso. Esta negrura que ves eran árboles verdes que se mecían con el viento. Pero un día... la tierra se partió bajo las raíces, una montaña cayó sobre los árboles, los cubrieron tierra y rocas, y estaban tan apretados, que se transformaron lentamente en carbón. Los árboles que sufrieron más se convirtieron en diamantes, porque el sufrimiento nos purifica y nos hace brillar con luces inextinguibles... La voz del Carbón quedó resonando en los oídos

de la Hormiguita. De pronto, una luz rodó en la oscuridad como una estrella o una lágrima. La recogió y con admiración descubrió que era un diamante. La hormiguita dio las gracias y siguió su camino alumbrándose con la bella piedra.

Llegó ante otra puerta. ¿Qué habría detrás? ¿Vería por fin la luz del sol? De un empujón la abrió y un delicioso olor a tierra llenó sus narices, olor a tierra removida y sembrada. Entró a una bóveda muy baja, donde pequeños mundos redondos estaban quietos, esperando una señal misteriosa para moverse. La Hormiguita preguntó:

—¿Por dónde camino?

¿Quién vive aquí?

¿Qué mundos son estos?

Muchas voces respondieron alternadamente:

—Somos las semillas, somos las semillas...

Esos mundos quietos eran semillas, unas grandes y blancas, otras pequeñas como cabezas de alfiler. Esperaban bajo la tierra el momento de abrirse.

Con leve crujido se rompían, partiéndose en dos y salían unas hojas que iban creciendo hacia arriba, atraídas por la fuerza del sol y del aire. La Hormiguita se acercó a una semilla negra y escuchó su voz delgada:

—Soy una semilla de Dedal de Oro. Dentro de mí duermo una flor como el sol. Siento que pronto me abriré y mi flor subirá a jugar con el aire.

Rápidamente, la Hormiguita cantó al oído de la semilla que también ella quería salir al aire. Por toda respuesta, la

semilla se partió, mostrando dos tiernas hojas y empezó a subir, a subir. Sin perder tiempo, la Hormiguita se abrazó a la planta escondiéndose entre sus hojas y junto con ella salió por fin a la luz del sol, pero prisionera de un puño verde. Estaba en una nueva celda, la de una flor y a través de las sedosas paredes sentía el calor y el agitarse de la vida. No sentía apuro en librarse, sin embargo, porque sabía que la flor iba a abrirse dentro de poco.

Quiso la casualidad, que siempre es maravillosa, que la planta brotara justo delante del hongo del Duende Melodía. Estaba sentado junto a su puerta, remendando sus zapatos.

—Un Duende como yo no puede andar a pata pelada —suspiró mientras pegaba el parche en la suela.

Entonces notó la planta que crecía frente a él. Se alegró mucho y se apresuró a echarle magia de la poca que llevaba en sus bolsillos, para que diera flores más pronto. La planta se estiró y se esponjó, y no tardó en abrir un capullo que dejaba ver un color amarillo.

—Qué flores más alegres voy a tener —exclamó el Duende muy contento—. ¿Cómo se llamarán?

Una voz muy conocida le contestó desde la flor:

—Dedal de oro se llama
y yo me encuentro aquí,
esperando que se abra
para poder salir.

—¡Qué raro! —dijo el Duende—. Ésa es la voz de mi amiga, la Hormiguita Cantora. ¿Dónde estará?

La Hormiguita se puso a reír y le dijo a su amigo que estaba dentro del Dedal de Oro. Gracias a la magia, la flor se abrió rápidamente y la Hormiguita pudo salir, por fin. Abrazó a su amigo muy contenta y le contó sus aventuras por los reinos de la tierra. Al ver el hermoso diamante, el Duende también quiso tener uno para usarlo de lamparita.

—Cuéntame dónde están esas puertas para ir a conocer los reinos de la tierra —pidió a su amiga.

Ella le contestó:

—Nunca sabrás,
nunca sabrás,
dónde esos reinos
viviendo están.

Solo un Gusano
sabe indicar
las puercitas
por donde entrar.

La Hormiguita volvió al hormiguero con el diamante al hombro, que lanzaba mil luces de colores. Cuando llegó delante de la Reina, se lo ofreció de regalo. La Soberana, complacida, ordenó colocarlo junto a su cama para iluminar sus sueños. Y nombró Primera Enfermera del hormiguero a la que había corrido tantas aventuras y había vuelto sana y salva a su casa.

Pero hasta ahora, nunca nadie ha sabido cuál es el camino que lleva a los misteriosos reinos de la tierra.

Los amos de la laguna

Carmen de Alonso

Esta era una pequeña laguna, un verdiazul ojo de agua en medio de millas y millas de dunas resacas o de ariscas barrancas. Ninguna criatura habría sabido decir cómo la laguna sostenía el milagro de su quieto caudal de aguas en aquella aridez.

La laguna sabía que ella era el único centro de vida de la región y generosamente, como toda buena madre, alimentaba lo mismo los altos tallos de las cañas, las sedientas raíces de las pataguas. Calmaba la sed de las Garzas y de los Patos; de los Tricagües que llegaban desde bosques lejanos; de las Chillas y de los Pumas y Zorros que bajaban de las montañas, de los graciosos Conejos y de las Liebres; de las tornasoladas Lagartijas y también de los Ratones con sus túneles que desembocaban en ella.

Era la laguna, por lo que se ve, el sitio obligado de reunión de cuanto animalito de campo, aire o montaña habitaba por aquellos contornos. Por lo mismo, se producían con frecuencia conflictos de envidia, de pretendidos privilegios, de rivalidades entre ellos. Los más grandes querían despojar a los más chicos y los más chicos a su vez se unían para ver el modo de librarse de los más grandes. La laguna sentía pena por estas discusiones, ¿para qué pelear si sus aguas alcanzaban para todos?

El primer conflicto había ocurrido hacía ya muchísimo tiempo, tanto que la tierra, ahora estéril, era entonces una húmeda y alta pradera. Había árboles y en ellos toda una desatada algarabía de Tordos, bulliciosos Choroyes, Loicas y cientos de avecitas más. Lo cierto es que sin saberse bien por qué, comenzó la discusión y vino la pelea. Caían, se levantaban y volvían a caer.

De repente, una Loica fue herida; ¿quién la hirió? La Laguna no recordaba eso, pero sí que desde ese día la loiquita quedó con su pecho roto. Y que un Chorroy, por entrometido, también fue salpicado de sangre en la cola, que dos o tres jilgueros huyeron desparvoridos, amarillos de miedo. Un Martín Pescador y una Codorniz tanto se tironearon de las plumas de la cabeza, que hasta hoy, como se sabe, les quedaron levantadas en un moño. La Garza daba unos trancos tan largos, arrancando para que no la culpasen a ella, que las patas se le alargaron hasta quedar como ahora las tienen.

En los apretones, propios de la pelea, alguien le pisó su hermosa cola a la Perdiz, y ella, forcejeando para desprenderse, la perdió para siempre. A todos esto el Tordo, que había presenciado toda la refriega, manifestó que en verdad él juraba, juraba y juraba que no había visto nada, absolutamente nada. En castigo por testimoniar en falso, perdió sus lindos ropajes y desde entonces está obligado a llevar una expiatoria vestimenta negra.

Cada uno recibió algún daño, aun el inocente Zorzal que de tan asustado que estaba, abrió los ojos hasta casi saltárselos y empezó a decir: ¡No puedo creer, no puedo creer! Ha pasado el tiempo y los Zorzales conservan desde aquellos años unos grandes ojos saltones.

Siempre había malos encuentros; las Perdices, tan bonitas y tímidas, iban a beber rapidito, temerosas de toparse con el Zorro. Los patos Jergones, de chaquetitas bermejas, refugiábanse temprano en lo más apretado de las cañas para librarse de los Pumas hambrientos y de las Chillas.

Pero, en los días del cuento, estaba ocurriendo algo muy, muy malo. Los animales mayores, es decir, los más fuertes, mejor decir, un Zorro y un Puma, se habían declarado dueños absolutos de la laguna y ahí estaban custodiándola para que ningún otro animalito pudiese beber en sus aguas. Colocaron un tupido cercado y echaron una doble vuelta de llave a la puerta que permitía entrar y salir. Para qué digo lo

tristes y sedientos que estaban los Conejos, las Liebres, las Lagartijas, las Perdices... etc. Entre estos cecéteras estaban los Pájaros y las Mariposas. La laguna sentíase apenada, y cómo no estarlo si ya no había trinos ni el alboroto parlanchín de los Choroyes y de los Zorzales, ni las carreras presurosas de las Liebres, nada, solo el ¡huac... huac...! del Zorro y el rugido alerra del Puma.

Así y así ocurriendo las cosas, los animalitos menores se reunieron para pensar y decidir cómo librarse de quienes los privaban de algo tan esencial como el agua. Un Pitigüe fue elegido para dirigir el debate, para ordenar las ideas, pues a ratos todos hablaban a un tiempo y nadie entendía a nadie.

—No hay derecho, no hay derecho —protestaba airada una Vizcachá.

—Se creen los reyes —interventía un Tticagüe, que lucía una linda manta verde con adornos amarillos y azules.

—Hay que echarlos, hay que echarlos y que no vuelvan más —arguyó un Pato, que era uno de los más perjudicados.

—Nunca se vio un abuso igual. Todos tenemos derecho a vivir en paz —insistió el Tticagüe.

—Naturalmente, Dios creó el agua para todas sus criaturas y no solo para algunos privilegiados —manifestó una Bandurria ante el asombro de todos, que estaban acostumbrados a verla siempre alejada y silenciosa.

—¡Hay que echarlos!
—¿Quién se atreve?

—¡Que se vayan, que se vayan!

—Sí, sí, que se vayan.

—Más orden, señores, más orden; esto no es una riña. Estamos aquí para resolver, no para pelear ni aturdirnos a gritos.

—Primero hay que hallar la llave del cercado, ¿quién se ofrece a encontrarla?

—Yo me ofrezco —dijo la Liebre.

—Yo también —terció el Queltegüe, agitando su poncho.

—Yo quiero ofrecirme y que me acepten. Siempre me tratan de dañino e inútil. Deseo probarles que puedo ser útil —gritó, imponiéndose muy alterado el Ratón.

—Sí, que vaya el Ratón.

—¡Que vaya, que vaya!

—¡Ya, ya! —gritó el Pitigüe. Si nadie se opone, quedaría comisionado el Ratón. El nos traerá la llave.

—Sería interesante saber primero dónde la esconden.

—Yo lo sé, yo lo sé —aclaró la Bandurria, rompiendo de nuevo su silencio.

—¡Bravo... bravo...! —aplaudió un Choroy, feliz de poder sacar la voz al fin, pues lo tenían sentenciado de que no fuese con sus charlatanerías.

—En el día no sé, pero por las noches, la esconde el Puma bajo su cabecera.

—Con eso basta —aseguró el Ratón. Mañana tendrán ustedes la llave.

Y, efectivamente, cuando llegó «el mañana», el Ratón,

entre feliz y vanidoso, llegó arrastrando una llave. Nunca quiso contar cómo logró obtenerla.

—¿Que cuente, que cuente...! —gritaban a un tiempo Choroyes y Vizcachas, Garzas y Mariposas.

—No, no; es un secreto, se defendía el Ratón, mientras se atusaba todo misterioso los mostachos.

Tomó la llave don Pitigüe y la guardó cuidadosamente.

—Bien, ya tenemos la llave. Ahora ¿quién discurra algo para echarlos?

Silencio absoluto.

—¿Nadie?

—¡Yo! Yo me comprometo a sacar al Puma y al Zorro del —ofreció el Tábano, empujándose mucho sobre una ramita para que lo viesen bien.

—¿Usted? —preguntó burlesco el Titicagüe.

—¿Con ese porte? —dijo la Liebre que estaba muy ofendida porque no habían aceptado sus servicios.

—Sí, señora, con ese porte —recalcó el Tábano— y no me mire tan en menos.

—Ja... ja... ja... —se burló el Choroy.

—Usted, amigo, se vuelve pura charlatanería.

—Eso dice usted.

—Ya, basta, retenga su lengua, don Choroy. Consideremos ahora el ofrecimiento de don Tábano —carraspeó el Pitigüe, con la solemne autoridad que le daba su puesto de juez en el debate—. ¿Hay alguna objeción?

—Si don Tábano se ofrece es porque podrá hacerlo —opinó tímidamente la Perdiz.

—¿Qué se encargue el Tábano!

—El Tábano!

—¡Viva don Tábano! ¡Viva! —gritaron todos los reunidos y lanzaban gorros y sombreros al aire. El Tábano pasó la mirada de sus grandes ojos por la concurrencia y con un tono imponente de general que se dirige a sus soldados, prometió:

—Gracias, don Pitigüe, gracias a todos por su confianza. Mañana antes del mediodía habrán desaparecido el Puma y el Zorro que se apoderaron de la laguna.

—Eso es hablar!

—¡Viva, vivaal!

Y todos los animalitos se dirigieron a sus respectivas casitas.

Allá continuaron los más variados comentarios: unos de mofa, otros de duda; los menos, de confianza. Total, el Tábano y el Ratón, los más humildes, los más impensados, habían resultado ser los más valientes, los héroes salvadores...

Y llegó pronto el día siguiente. Se desesperó con lentitud el Puma y otro tanto hizo el Zorro. De pronto dio un rugido terrible.

—¿Qué ocurre, compadre? —indagó el Zorro, sobresaltado.

—¡Qué iba a ocurrir! ¿Qué piensa usted que podía ocurrir?

—¿Yo? Bueno, en verdad no atino a suponer nada.

—¡Ah, no atinal! Pues sépalo: ¡me robaron la llave!

—No bromea, compadrito.

—¿Estoy como para bromas?

—Y ¿qué pasó, entonces, que no sintió cuando se la robaron?

—Y ¿usted sintió? —rugió más enfurecido aún el Puma.

—No, pues compadre. Esto de llevarse vigilando día tras día la laguna, no es para reírse. Uno se acuesta rendido...

—¿Entonces?

El Puma seguía revisándose los bolsillos, los volvía de adentro para afuera; ¡nada!

—Ah, si pillara al ladrón —rezongaba y extendía las zarpas como si ya lo tuviera a su alcance—. ¡Lo haría polvo! Sí, lo molestaría con mis manos, lo destruiría con gusto entre mis colmillos.

—Cálmese, compadre, cálmese. A propósito... mire. ¡MIRE! ¿Ve?

El Puma se colocó sus lentes y miró hacia donde señalaba el Zorro: una mancha gris, negruzca, avanzaba hacia la laguna.

—¿Qué es? ¿Nube?

—No sé, parece nube y no parece nube.

Seguía mirando. El Puma se sacó los lentes, los frotaba con su mano grandota y volvía a ponérselos.

—No, compadre, ésa no es nube.

—No...

Y no alcanzaron a mirar ni a decir más, pues lo que parecía nube y no era nube les cayó encima, lo mismo que una montaña de zumbidos y ardientes lancetas.

—Ayayay... ayayaycito...

—Ay, ayayay... váyanse, déjenme... —rugían desesperados el Zorro y el Puma, revolcándose del dolor de las picaduras, porque debo decir que lo que cayó sobre ellos fue una nube, pero... ¡de Tãbanos!

—Váyanse ustedes, abusadores!

—Nos iremos ahora mismo.

—Y no vuelvan a aparecerse jamás por estos lados. ¡Lo oye!

—Sí, sí, don Tãbanito, no volveremos nunca, nunca, nunca más.

Sin embargo, los Tãbanos, no muy convencidos del arrepentimiento de esos dos pícaros, seguían hostigándolos.

—Por malos, por crueles, por egoístas.

Hasta que, no pudiendo soportar más el castigo, saltaron el cerco y corrieron, corrieron hasta perderse en la montaña.

Los animalitos se habían ido reuniendo, atraídos por los bramidos de dolor del Puma y del Zorro, comenzaron a gritar de alegría, avivaban al Tãbano y, viendo que don Pitigüe se encaminaba, llave en mano, a abrir el cerco, corrieron y se amontonaron detrás de él, impacientes.

—Ya, don Pitigüe, apúrese, apúrese.

—Calma, calma.

—Viva don Tãbano, viva...!

Entraron todos como una avalancha, empujándose los unos a los otros. Patos y Garzas, al agua; las Lagartijas, hacia unas piedras; la Vizcachá, la Liebre y el Conejo corrían desbocados de felicidad y así todos. Solo don Piutic conservaba su aire mesurado. Mientras tanto, don Tãbano y su densa familia, iban orgullosos de rama en rama, o describiendo signos fugaces sobre el agua, con sus alas transparentes.

El volantín azul

Ana María Güiraldes

En un país muy lejano existía un pueblecito que en sus tiempos había sido encantador y donde la gente era alegre y divertida. Pero algo sucedió y todo se convirtió en tristeza y caras azules.

¿Caras azules?

Así es. Sucedió cuando a un niño se le ocurrió encumbrar un enorme volantín azul, con tan mala suerte que se quedó enredado en el Sol, tapándolo completamente y dejándolo azul, como una ampolleta de árbol de Navidad.

El pueblo entero se reunió para buscar una solución. Pero por más que buscaron y rebuscaron no pudieron encontrarla en ninguna parte, y ya todos se estaban desesperando de mirar puros paisajes y cosas azules, azuladas, azulinas y azulencas. Los más viejos, agrupados alrededor del fuego, decían que era lo más terrible que había pasado desde que al abuelo Nicomedes se le

cayó su último diente. Las mujeres se quejaban de que su cutis se estaba avejentando de tanto colorete para verse sonrosadas. Y los niños estaban muy asustados.

Esperaron la época de los Vientos Suaves, pero nada: el volantín seguía firmemente pegado al Sol. Esperaron el año de la Tormenta Rápida, igual resultado... Parecía que la solución se había ido junto al volantín, porque ni los más sabios la encontraron por más que consultaron sus libros y archivos. Nadie quería visitar el lugar, pues decían que estaba embrujado.

Hasta que un buen día apareció el Peregrino de las Cien Historias y las mil ocurrencias. Este era un viejito que de tanto caminar y conocer, sabía muchas historias y soluciones. No había lugar por donde pasara él que no hiciera un favor, y como la gente siempre le agradecía, viajaba en un carronato lleno de regalos increíbles: desde una pipa de yeso hasta un loro poeta; una colección de sombreros-zapatos y la brújula de un pirata honrado.

Cuando llegó al pueblo azul no tuvo necesidad de preguntar qué pasaba. Dio una miradita por aquí y otra por allá; se rascó su barba pelirroja y enderezó su sombrero de piel. Después se sentó en una piedra y lustró pacientemente sus altas botas de charol.

La gente observaba sin decir palabra todos los movimientos del peregrino, hasta que este de un salto se encaramó a su carruaje y sacó un volantín. Del color, no me acuerdo. Lo que sí me acuerdo es que lo empujó a encumbrar alto, alto, y en pocos minutos estuvo

cerquita del Sol. Tan cerca estaba que casi lo toca. Tan cerca que... ¡zumm!, lo cortó. Entonces el volantín azul cayó suavemente, y todo se volvió multicolor como antes, y la gente volvió a reír y a ser feliz.

Y el peregrino de las Cien Historias y las mil ocurrencias se marchó. Lo vieron doblar por la curva del camino con mucho más regalos de los que trajo. Entre ellos, un volantín azul y una nueva historia que contar.

Yo como, tú comes, él come

Saúl Schkolnik

Cierta flor amarilla floreció junto a la laguna.

Era la primera flor, hasta donde ella alcanzaba a ver, que florecía.

El viento inclinó su largo tallo y la flor se contempló en el agua quieta y habló a los grillos.

—¡Qué maravilla soy! —les dijo—, ¡y qué importante! ¡Saben que el agua de la laguna, la tierra, toda esta planta con sus raíces, el sol y el aire, todos trabajan para que yo exista?

—Chirrrr —contestaron los grillos.

En ese momento, una mariposa que revoloteaba se posó en la flor.

—¡Claro que eres importante! —le dijo— porque sirves para que yo me alimente— y con su larga trompa comenzó a beber el néctar de la flor.

—¿Quién te ha dado permiso para robar mi néctar? —preguntó esta indignada.

—¿Permiso?—exclamó extrañada la mariposa—, pero si las flores están hechas solo para que nosotros podamos comer... —y se fue volando...— y podemos volar y ser hermosas...

La mariposa iba tan abstraída pensando en su belleza, que no se dio cuenta de que una libélula la observaba.

—¿Qué presumida!—le dijo la libélula a una lombriz—. ¡No sabe ni volar bien! —y agregó—. Por supuesto, mi vuelo es mucho más seguro —y volando directamente hacia la mariposa, la cazó con sus poderosas mandíbulas antes de que esta pudiera escapar.

Se detuvo en una piedra junto a la laguna.

—Puede ser que tengas lindos colores —añadió—, pero tienes mejor sabor —y se la comió.

Desde el fondo de la laguna, dos sapos contemplaban la escena.

—¡Mira esa libélula! —le dijo el sapo viejo al sapo gordo— : se está comiendo a la mariposa. ¿Creerá acaso que las mariposas son para comer?

La libélula, posada en la piedra, permanecía muy quieta tomando el sol.

—No sé —contestó el sapo gordo, que era muy conversador y glotón—, lo que sí sé es que las libélulas son un bocado delicioso.

Y dedoblando su larga y pegajosa lengua, atrapó a la libélula y se la comió de un solo bocado.

—Nunca he probado comer mariposas —agregó, pero el sapo viejo, notando un ligero movimiento en el agua

y presintiendo un peligro, ya se alejaba. Y hacía bien, porque la tenue agitación del agua la había ocasionado una culebra deslizándose en la laguna.

—Por lo demás, ¿a quién le pueden importar las mariposas? —continuaba diciendo el sapo gordo sin darse cuenta de que su amigo ya no lo escuchaba—, cuando lo interesante es que haya muchos bichitos para que nosotros los sapos, los amos de la laguna, podamos comer y saltar y comer y croar y comer y...

Tan distraído estaba el sapo hablando sobre las cosas apetitosas para comer, que no sintió la presencia de la culebra hasta que ya fue muy tarde.

Abriendo su enorme boca, la culebra se tragó al sapo.

«¿Qué tontos son todos estos animales! —se dijo—; se creen tan importantes, cuando en verdad no son más que un poco de comida para mí, que soy la más astuta, la mejor cazadora, la más elegante de todas las criaturas.»

Anochece en la laguna; todos los animalitos que durante el día correteaban, se ocultaban en sus madrigueras o en pequeños rincones para pasar la noche; y todos los animales que durante el día habían dormido, comenzaban a despertar para buscar su alimento.

Una lechuza, parada en la rama baja de un árbol cercano, ya había abierto los ojos, e inmóvil, había oído a la culebra y la había visto comerse al sapo y luego quedar flotando perezosamente sobre el agua.

—¡Uhu! —dijo la lechuza—, ahí está mi desayuno —voló reflexionando: «¿Qué privilegiadas somos las aves, que

venimos desde lo alto el ir y venir insensato de las pobres criaturas terrestres!»

—¡Uhu! —le contestó el viento del anochecer.

—Sí, señor, lo que yo hago —continuó la lechuza— sí que tiene sentido y está muy bien calculado.

La culebra hizo un movimiento y la inexperta lechuza, que no le había quitado la vista de encima, se dejó caer sobre ella y la apretó con las garras y el pico.

La culebra murió casi al instante, pero con la cola hirió gravemente un ala de la impetuosa y torpe lechuza.

Sin embargo, aun herida, esta logró llegar a la orilla y allí se comió a la culebra; pero al no poder volar, se echó al suelo.

Aquella noche llovió con fuerza y la lechuza murió a causa de su herida, del frío y de la humedad.

La lluvia produjo derrumbes y el cuerpo quedó cubierto de tierra y piedras junto a la laguna.

En poco tiempo, debido al trabajo de las bacterias, los restos del ave se convirtieron en abono.

Abono que las raíces de una planta recogieron disueltos en el agua y enviaron al otro extremo, donde una pequeña flor amarilla floreció.

—Qué maravillosa soy —les dijo esta a los grillos— y qué importante. ¿Saben que el agua de la laguna, la tierra, toda esta planta con sus raíces, el sol y el aire, todos, todos trabajan para que yo exista?

—Chirrrr —contestaron los grillos. En ese momento, una mariposa que revoloteaba se posó en la flor...

El perro del regimiento

Daniel Riquelme

Entre los actores de la batalla de Tacna y las víctimas lloradas de la de Chorrillos, debe contarse, en justicia, al perro del Coquimbo. Perro abandonado y callejero, recogido un día a lo largo de una marcha por el piadoso embeleco de un soldado, en recuerdo, tal vez, de algún otro que dejó en su hogar al partir a la guerra, que en cada rancho hay un perro y cada roto cría al suyo entre sus hijos.

Imagen viva de tantos ausentes, muy pronto el aparecido se atrajo el cariño de los soldados, y estos, dándole el propio nombre de su regimiento, lo llamaron Coquimbo, para que de ese modo fuera algo de todos y de cada uno.

Sin embargo, no pocas protestas levantaba al principio su presencia en el cuartel; causa era de grandes alborotos y por ellos tratóse en una ocasión de lincharlo, después de juzgado y sentenciado en consejo general

de ofendidos, pero Coquimbo no apareció. Se había hecho humo como en todos los casos en que presentía tormentas sobre su lomo. Porque siempre encontraba en los soldados el seguro amparo que el nieto busca entre las faldas de su abuela, y solo reaparecía, humilde y corrido, cuando todo peligro había pasado.

Se cuenta que Coquimbo tocó personalmente parte de la gloria que en el día memorable del Alto de la Alianza conquistó su regimiento a las órdenes del comandante Pinto Agüero, a quien pasó el mando, bajo las balas, en reemplazo de Gorostiaga. Y se cuenta también que de ese modo, en un mismo día y jornada, el jefe casual del Coquimbo y el último ser que respiraba en sus filas, justificaron heroica-mente el puesto que cada uno, en su esfera, había alcanzado en ellas...

Pero mejor será referir el cuento tal como pasó, a fin de que nadie quede con la comecón de esos puntos y medias palabras, sobretodo cuando nada hay que esconder.

Al entrar en batalla, la madrugada del 26 de mayo de 1880, el Regimiento Coquimbo no sabía a qué atenerse respecto de su segundo jefe, el comandante Pinto, pues días antes solamente de la marcha sobre Tacna, había recibido un ascenso de mayor y su nombramiento de segundo comandante.

Por noble compañerismo, deseaban todos los oficiales del cuerpo que semejante honor recayera en algún capitán de la propia casa, y con tales deseos esperaban, francamente, a otro. Pero el ministro de la guerra en

campana, a la sazón don Rafael Sotomayor, lo había dispuesto así.

Por tales razones, que a nadie ofendían, el comandante Pinto Agüero fue recibido con reserva y frialdad en el regimiento. Sencillamente, era un desconocido para todos ellos; acaso sería también un cobarde. ¿Quién sabía lo contrario? ¿Dónde se había probado?

Así las cosas y los ánimos, despuntó con el sol la hora de la batalla que iba a trocar bien luego no solo la ojiciza de los hombres, sino la suerte de tres naciones.

Rotos los fuegos, a los diez minutos quedaba fuera de combate, gloriosa y mortalmente herido a la cabeza de su tropa, el que más tarde iba a ser el héroe feliz de Hua-machuco, don Alejandro Gorostiaga.

En consecuencia, el mando correspondía —¡travesuras del destino!— al segundo jefe; por lo que el regimiento se preguntaba con verdadera ansiedad qué haría Pinto Agüero como primer jefe.

Pero la expectación, por fortuna, duró bien poco.

Luego se vio al joven comandante salir al galope de su caballo de las filas postreras, pasar por el flanco de las unidades que lo miraban ávidamente, llegar al sitio que le señalaba su puesto, la cabeza del regimiento, y seguir más adelante todavía.

Todos se miraron entonces, ¿a dónde iba a parar?

Veinte pasos a vanguardia revolvió su corcel y desde tal punto, guante que arrojaba a la desconfianza y al valor de los suyos, ordenó el avance del regimiento, sereno como en una parada de gala, únicamente altivo

y dichoso por la honra de comandar a tantos bravos.

La tropa, aliviada de enorme peso, y porque la audacia es aliento y contagio, lanzóse impávida detrás de su jefe; pero en el fragor de la lucha, fue inútil todo empeño de llegar a su lado.

El capitán desconocido de la víspera, el cobarde tal vez, no se dejó alcanzar por ninguno, aunque dos veces desmontado, y concluida la batalla, oficiales y subalternos, rodeando su caballo herido, lo aclamaron en un grito de admiración.

Coquimbo, por su parte, que en la vida tanto suelen tocarse los extremos, había atrapado del ancho mameluco de bayeta (y así lo retuvo hasta que llegaron los nuestros), a uno de los enemigos que huía al reflejo de las bayonetas chilenas, caladas al toque pavoroso de degüello.

Y esta hazaña que Coquimbo realizó de su cuenta y riesgo, concluyó de confirmarlo el niño mimado del regimiento.

Su humilde personalidad vino a ser, en cierto modo, el símbolo vivo y querido de la personalidad de todos; de algo material del regimiento, así como la bandera lo es de ese ideal de honor y de deber, que los soldados encarnan en sus frágiles pliegues.

Él, por su lado, pagaba a cada uno su deuda de gratitud con un amor sin preferencia, eternamente alegre y sumiso como cariño de perro.

Comía en todos los platos; diferenciaba el uniforme y, según los rotos, hasta sabía distinguir los grados. Por un instinto de egoísmo digno de los humanos, no toleraba dentro

del cuartel la presencia de ningún otro perro que pudiera, con el tiempo, arrebatarse el aprecio que se había conquistado con una acción que acaso él mismo calificaba de distinguida.

Llegó, por fin, el día de la marcha sobre las trincheras que defendían a Lima.

Coquimbo, naturalmente, era de la gran partida. Los soldados, muy de mañana, le hicieron su tocado de batalla.

Pero el perro, cosa extraña para todos, no dio al ver los aprestos que tanto conocía, las muestras de contento que manifestaba cada vez que el regimiento salía a campaña.

No ladró ni empleó el día en sus afanosos trajines de la mayoría de las cuadras: de estas a la cocina y de ahí a husmear el aspecto de la calle, bullicioso y feliz, como un tambor de la banda.

Antes, por el contrario, triste y casi gruñón, se echó desde temprano a orillas del camino, frente a la puerta del canal en que se levantaban las rucas del regimiento, como para demostrar que no se quedaría atrás y asegurarse de que tampoco sería olvidado.

¡Pobre Coquimbo!

¡Quién puede decir si no olía en el aire la sangre de sus amigos, que en el curso de breves horas iba a correr a torrentes, prescindiendo del propio y cercano fin que a él le aguardaba!

La noche cerró sobre Lurín, rellena de una niebla que daba al cielo y a la tierra el tinte lívido de una alborada de invierno.

Casi confundido con la franja argentada de espuma

que formaban las olas fosforescentes al romperse sobre la playa, marchaba el Coquimbo cual una sierpe de metálicas escamas.

El eco de las aguas apagaba los ruidos de esa marcha de gato que avanza sobre su presa.

Todos sabían que del silencio dependía el éxito afortunado del asalto que llevaban a las trincheras enemigas.

Y nadie hablaba y los soldados se huían para evitar el choque de las armas.

Y ni una luz, ni un reflejo de luz.

A doscientos pasos no se había visto esa sombra que, llevando en su seno todos los huracanes de la batalla, volaba, sin embargo, siniestra y callada como la misma muerte.

En tales condiciones, cada paso adelante era un tanto más en la cuenta de las probabilidades favorables.

Y así habían caminado ya unas cuantas horas.

Las esperanzas crecían en proporción; pero de pronto, inesperadamente, resonó en la vasta llanura el ladrido de un perro, nota agudísima que, a semejanza de la voz del clarín, puede, en el silencio de la noche, oírse a grandes distancias, sobre todo en las alturas.

—¡Coquimbo! —exclamaron los soldados.

Y suspiraron como si un hermano de armas hubiera incurrido en pena de la vida.

De allí a poco se destacó al frente de la columna la silueta de un jinete que llegaba a media rienda.

Reconocido con las precauciones de ordenanza, pasó a hablar con el comandante Soto, el bravo José María 2°

Soto, y, tras de lacónica plática, partió con igual prisa, borrándose en la niebla, a corta distancia.

Era el jinete un ayudante de campo del jefe de la 1.ª División, coronel Lynch, el cual ordenaba redoblar "silencio y cuidado" por haberse descubierto avanzadas peruanas en la dirección que llevaba el Coquimbo.

A manera de palabra mágica, la nueva consigna corrió de boca en oreja desde la cabeza hasta la última fila, y se continuó la marcha; pero esta vez parecía que los soldados se tragaban el aliento.

Una cuncuna no habría hecho más ruido al deslizarse sobre el tronco de un árbol.

Solo se oía el ir y venir de las olas del mar; aquí suave y manso como haciéndose cómplice del golpe; allá violento y sonoro, donde las rocas lo dejaban sin playa.

Entre tanto, comenzaba a divisarse en el horizonte de vanguardia una mancha renegrida y profunda, que hubiese hecho creer en la boca de una cueva inmensa cavada en el cielo.

Eran el Morro y el Salto del Fraile, lejanos todavía; pero ya visibles.

Hasta ahí la fortuna estaba por los nuestros; nada había que lamentar. El plan de ataque se cumplía al pie de la letra. Los soldados se estrechaban las manos en silencio, saboreando el triunfo. Mas el destino había escrito en la portada de las grandes victorias que les tenía deparadas, el nombre de una víctima, cuya sangre, oscura y sin deudos, pero muy armada, debía correr la primera sobre aquel campo, como ofrenda a los números adversos.

Coquimbo ladró de nuevo, con furia y seguidamente, en ademán de lanzarse hacia las sombras.

En vano los soldados trataban de aquietarlo por todos los medios que les sugería su cariñosa angustia.

¡Todo inútil!

Coquimbo, con su finísimo oído, sentía el paso o veía en las tinieblas las avanzadas enemigas que había denunciado el coronel Lynch, y seguía ladrando, pero lo hizo allí por última vez para amigos y contrarios.

Un oficial se destacó del grupo que rodeaban al comandante Soto. Separó dos soldados y entre los tres, atentas, volviendo la cara, ejecutaron a Coquimbo bajo las aguas que cubrieron su agonía.

En las filas se oyó algo como uno de esos extraños sollozos que el viento arranca a las arboladuras de los bosques... y siguieron andando con una prisa rabiosa que parecía buscar el desahogo de una venganza implacable.

Y quien haya criado un perro y hecho de él un compañero y un amigo comprenderá, sin duda, la lágrima que esta sencilla escena que yo cuento como puedo, arrancó a los bravos del Coquimbo, a esos roros de corazón tan ancho y duro como la mole de piedra y bronce que iban a asaltar, pero en cuyo fondo brilla con la luz de las más dulces ternuras juveniles de este rasgo característico: su piadoso amor a los animales.

Lucero

Oscar Castro

Recortadas una sobre otras, las cresterías de la cordillera barajan sus naipes pétreos hasta donde la mirada de Rubén Olmos puede alcanzar. Cumbres albísimas, azules hondonadas, contrafuertes dentados, enhiestas puntillas van surgiendo ante su vista siempre cambiantes, cada vez más difíciles al paso a medida que asciende. Antes de iniciar un repecho demasiado fatigoso, el viajero decide conceder un descanso a su cabalgura, que resopla ya como un fuelle. Y cuando se ha detenido, cruza su pierna izquierda por encima de la montura y despeña su mirada hacia el valle.

Primero le salta a la pupila el espejeo del río, que alarga con desgano su caprichoso serpenteo por entre pastizales y sembrados. Pasan luego sus ojos por sobre los cuadriláteros de unos cuantos poteros y busca el pueblo de donde partiera en la mañana. Allí está, escaparate de juguetería, con sus casas enanas y los

tajos oscuros de sus valles. Algunas planchas de zinc devuelven el reflejo solar, tajando el aire con plateado y violento resplandor.

Con un aleteo de párpados, Rubén Olmos borra la imagen del valle y examina a su cabalgadura, cuyos movimientos se contraen y elevan en rítmico movimiento. —¿T'estay poniendo viejo, Lucero? —interroga con tono cariñoso. Y el animal gira su cabeza negra, que tiene una mancha blanca —plagio de una estrella— en la frente, como si comprendiera.

—Güeno, también es cierto que harlo habís trabajao; pero te quean años de viajes, toavía. Por lo menos, mientras la cordillera no se bote a mairastra...

Torna a mirar la mole andina, familiar y amiga para él y Lucero; no en balde la han atravesado durante once años. Rubén Olmos, encandilado un poco por la llamarrada blanca del sol en la nieve, piensa en sus compañeros de viaje y en la ventaja que le llevan. Pero no le concede importancia al detalle: está cierto de darles alcance antes de que anochezca.

—Siempre que vos me acompañís; láe no vamos a tener que alojar solitos —manifiesta al caballo, completando su pensamiento.

Rubén Olmos es baqueano antiguo. Aprendió la difícil ciencia junto a su padre, que desde niño lo llevó tras él por entre peñascos y barrancos, pese a sus rebeliones y a la desconfianza que le inspiró al comienzo la cordillera. Cuando el viejo murió —tranquilamente

en su cama—, el patrón de la hacienda lo designó a él como remplazante. Cruzó por lo menos cien veces esta barrera, que al principio se le antojara inexpugnable, y trajo arreos numerosos de ganado cuyano, siempre en buenas relaciones con la fortuna.

Eligió a Lucero cuando este era todavía un potrillo retozón y él mismo tuvo a su cargo la tarea de domarlo. Desde entonces nunca quiso aceptar otra cabalgadura, a pesar de que su patrón le regaló dos bestias más, de mayor empuje al parecer, y de superiores condiciones. Este caballo ha sido para él una especie de mascota a la que se aferró la superstición de su vida siempre jugada al azar.

El baqueano, habituado a la lucha épica contra los elementos, antes que por las hembras se apasionó por el peligro. Con instintiva sabiduría puso su devoción en un bruto, presintiendo quizás que de él no podía esperar desaires ni traiciones. Si un día le dieran a elegir entre la vida de su hermano y la de Lucero, vacilaría un rato antes de decidirse. Porque el animal, más que un vehículo, significó desde el comienzo un amigo para él. Fue algo así como la prolongación de sí mismo, como la vibración de sus músculos continuando en los tendones de Lucero.

Rubén Olmos nació con la carne tallada en dura substancia. Sintió la vida en oleadas galopándole las rutas de su ser. Arriba de un caballo fue siempre el que conduce, no el que se deja llevar. Y esta fuerza pidió

espacio para vaciarse; ninguno pudo resultarle más propicio ni más adaptado a sus medios que la tumultuosa crestería de los Andes.

Mirado sin atención, el baqueano es un hombre como todos. A lo sumo, da sensación de confianza en sí mismo. Debajo de su piel cobriza y de su nariz achatada asoma la evocación de algún indio, su antepasado. Su risa no tiene resplandores; se le oscurece en los ojos y, a lo más, blanquea en la punta de sus dientes. Apacentador de soledades, aprendió de ellas el silencio y la profundidad. Con Lucero se entiende mejor que con los humanos. Será porque el caballo no responde. O porque dice siempre que sí con sus ojos tiernos y húmedos. ¡Vaya uno a saber...!

—¿Güeno, ahora vamos andando.

Asentados sus cascos en cualquier hendedura, el caballo enfila en dirección al cielo. El jinete, inclinado hacia adelante, lleva el compás del balanceo. Ruedan piedrecillas hacia las profundidades y tintinean las argollas del freno. Y Lucero—tac-tac-tac—arriba, por fin, a la cima, tras caminar un cuarto de hora.

En la altura, el viento es más persistente, más cargado de agujas frías. Resbala por la cara del baqueano. Busca cualquier hueco de la manta para clavar su diente. Sin embargo, la costumbre inmuniza al hombre de su ataque. Y por más que el soplo insiste, no consigue inmutarlo.

Traspuestas unas cuantas cadenas de montañas, ya no se divisa el valle. Hay cerros hacia donde se vuelve

la mirada. Y arriba, un cielo frágil, puro, más azul que el frío del viento, manchado apenas por el vuelo de un águila, señora de ese predio inabarcable.

La soledad de la altura es tan ancha, tan diáfana, tan desamparada, que el viajero siente a veces la leve sensación de ahogarse en el viento, como si se hallara en el fondo de un agua infinitamente liviana. Pero el hombre no tiene tiempo de admirar las perspectivas magníficas del paisaje. Ni esta atmósfera que parece una burbuja translúcida; ni el verde rotundo y orquestal de las plantas; sin la sinfonía de pájaros e insectos que ascienden en flechas finas hacia la altura, dicen nada a su espíritu tallado en oscuras substancias de esfuerzo y decisión.

Desde una puntilla que resalta por sobre sus vecinas, Rubén Olmos explora el sendero con la esperanza de divisar a quienes lo preceden. Pero la mirada vuelve vacía de este peregrinaje. El hombre arruga la boca. Sus cuatro compañeros, que partieron de la hacienda una hora antes que él, le han tomado mucha ventaja. Tendrá que forzar a su pingo.

A su paso van surgiendo lugares conocidos: La Cueva del León, la Puntilla del Cóndor, la Quebrada Negra. —Mis compañeros pueen tar esperándome en el Refugio 'el Arriero—piensa, y aprieta las espuelas en las costillas de Lucero.

El sendero es apenas una huella imprecisa, en la cual podrían extraviarse otros ojos menos experimentados que los suyos. Pero Rubén Olmos no puede equivocarse.

Este surco anémico por donde transita, es una calle abierta y ancha que conduce a un fin: la tierra cuyana.

A medida que asciende, la vegetación cambia de tono. Se hace más dura y retorcida para resistir los embates de las tormentas. Espinos, romerillos, quiscos filudos, ponen brochazos nocturnos en el albor de la nieve. La soledad comienza a tornarse cada vez más blanca y honda, revisitiéndose de una majestuosa serenidad. El sol, ya soslayado hacia Occidente, forcejea por tamizar su calor a través del viento.

Cambia de pronto el decorado, y el caballo del baqueano desemboca en un inmenso estadio de piedra. Dos montañas enormes enfrentan sus paréntesis, encerrando un tajo cuyo fondo no se divisa. Parece que un inmenso cataclismo hubiera hendido allí la cordillera, separándola de golpe en dos.

El jinete detiene a Lucero. El Paso del Buitre ejerce una extraña fascinación en su mente. A los quince años, cuando lo atravesó por vez primera, se le ocurrió mirar hacia abajo, pese a las advertencias de su padre, y al cabo de un momento, vio que la hondonada empezaba a girar semejante a un embudo azul. Algo como una garra invisible lo tiraba hacia el abismo, y él se dejaba ir. Por fortuna, el taita advirtió el peligro y destruyó la fascinación con un grito imperioso: —¡Güelve la cabeza, baulaque! Desde entonces, a pesar de toda su serenidad, no se atreve a descolgar sus ojos hacia aquella profundidad insondable. Además, el Paso del Buitre tiene su leyenda. No puede

ser atravesado en Viernes Santo por un arreo de ganado sin que ocurran terribles desgracias. También su padre le advirtió este detalle, contándole, como ilustración, diversos casos en que la sima se había tragado reses y caballos de modo inexplicable.

En verdad, el paso es uno de los más impresionantes que puede presentar la cordillera. El sendero tiene allí unos ochenta centímetros de ancho: lo justo para que pueda pasar un animal entre el muro de piedra y el abismo. Un paso en falso... y hasta el Juicio Final.

Antes de aventurarse por aquella repisa suspendida quién sabe a cuántos metros del fondo, Rubén Olmos cumple escrupulosamente la consigna establecida entre los transeúntes de la cordillera: desenfunda su revólver y dispara dos tiros al aire para advertir a cualquier posible viajero que la ruta está ocupada y debe aguardar. Los estampidos expanden sus ondas por el aire diáfano. Rebotan en las peñas y vuelven, multiplicados, hasta los oídos del baqueano. Tras un momento de espera, el jinete se decide a reanudar su viaje. Lucero, asentando con precisión sus cascos en la roca, prosigue la marcha, sin notar, al parecer, el cambio de fisonomía en la ruta.

—¡Caballo lindo! —musita el hombre, resumiendo en esas palabras todo su cariño hacia el bruto.

Lo que ocurre enseguida nunca podrá olvidarlo Rubén Olmos.

Al salir de un recodo cerrado, el corazón le da un

vuelco enorme. En dirección contraria, a menos de veinte pasos, viene otro hombre, cabalgando un alazán tostado. El estupor, el desconcierto y la ira se barajan en el rostro de los viajeros. Ambos, con impulso maquinal, sofrenan sus caballos. El primero en romper el angustioso silencio es el jinete del alazán. Tras una gruesa interjección, añade a gritos:

—¿Y cómo se le ocurre metes en el camino sin avisar?...

Rubén Olmos sabe que con palabras nada remediará. Prosigue su avance hasta que las cabezas de los caballos casi se tocan. Enseguida, saca una voz tranquila y segura del fondo de su pecho:

—El que no disparó jué usré, amigo.

El otro desenfunda su revólver, y Rubén hace lo mismo con rapidez insospechada en él. Se miran un momento fijamente, y hay un chispazo de desafío en sus ojos. El desconocido tiene unas pupilas aceradas, frías, y unas facciones acusadoras de voluntad y decisión. Por su exterior, por su seguridad, parece hombre de monte, habituado al peligro. Ambos comprenden que son dignos adversarios.

Rubén Olmos se decide por fin a establecer que la razón está de su parte. Empuñando su arma con el cañón hacia el abismo, para no infundir desconfianza, extrae las balas, presentando un par de vainillas vacías.

—Aquí están mis dos tiros —expresa.

El desconocido lo imita, y presenta, igualmente, dos cápsulas sin plomo.

—Mala suerte, amigo; disparamos al mismo tiempo —expresa el baqueano.

—Así es, compañero. ¿Y qué hacemos ahora?

—Lo qu'es golver, no hay que pensarlo siquiera.

—Entonces, uno tiene que quearse de a pic.

—Sí, pero... ¿Cuál de los dos?

—El que la suerte diga.

Y sin mayores comentarios, el jinete del alazán extrae una moneda de su bolsillo y, colocándola sin mirarla entre sus manos unidas, dice a Rubén Olmos.

—Pida.

Hay una vacilación inmensa en el espíritu de Rubén. Aquellas dos manos unidas que tiene ante los ojos guardan el secreto de un veredicto inapelable. Poseen mayor fuerza que todas las leyes escritas por los hombres. El destino hablará por ellas con su voz inflexible y escueta. Y, como Rubén Olmos nunca se rebeló ante el mandato de lo desconocido, dice la palabra que alguien moduló en su cerebro:

—¡Carai!

El otro descubre, entonces, lentamente, la moneda, y el sol oblicuo de la tarde brilla sobre un ramo de laureles con una hoz y un martillo debajo: el baqueano ha perdido. Ni un gesto, sin embargo, acusa su derrumbe interior. Su mirada se torna dulce y lenta sobre la cabeza y el cuello de Lucero. Su mano, después, materializa la caricia que brota de su corazón. Y, finalmente, como sacudiendo la fatalidad, se deja deslizar hacia el sendero

por la grupa lustrosa del caballo. Desata el fusil y el morral con provisiones que van amarrados a la montura. Quita después el envoltorio de mantas que reposa sobre el anca. Y todo ello va abriendo entre los dos hombres un silencio más hondo que el de la soledad andina.

Durante estos preparativos, el desconocido parece sufrir tanto como el perdedor. Aparentando no ver nada, trenza y destrenza los correones del rebenque. Rubén Olmos, desde el fondo de su ser, le da las gracias por tan bien mentida indiferencia. Cuando su penosa labor ha finalizado, dice al otro, con voz que conserva una indefinible y desesperada firmeza:

—¿Encontró en el camino a cuatro arrieros con dos mulas, por casualidad?

—Sí, en el Refugio² estaban descansando. ¿Son compañeros?

—Sí, por suerte.

Lucero, sorprendido tal vez de que se le quite la silla en tan inempestivo lugar, vuelve la cabeza y Rubén contempla por un momento sus ojos de agua mansa y nocturna. La estrella de la frente. Las orejas erguidas. Las narices nerviosas... Para decidirse de una vez, echa al aire su voz cargada de secreta pesadumbre.

—Sujete bien su bestia, amigo—; el otro afirma las riendas, desviando la cabeza de su alazán hacia el cerro.

Entonces, Rubén Olmos, como quien se descuaja el corazón, palmotea nuevamente a Lucero en el cuello, y de un empujón inmenso, lo hace rodar al abismo.

Por una docena de huevos duros

Ernesto Montenegro

Un hombre que no podía más de pobre se resolvió a irse un buen día a las minas de la «Descubridora» por probar suerte, dejando lo poquito y nada que había en el rancho «pa» la mantención de los chiquillos y una hermana viuda con sus huachitos. Después de caminar todo el día por cuestras y barrancas llegó, a la puesta del Sol, a un lugar donde se resolvió a hacer de tripas corazón y pedir que lo convidaran con algo para pasar la fatiga. En la última puerta que vio abierta divisó a una señora solita junto al brasero, con su gato y sus gallinas:

—Por la mucha «necesidad» no más, patroncita, ¿podría convidarme con unos huevitos frescos?, que cuando venga de vuelta se los pagaré bien pagados, se lo prometo.

En esos días los huevos costaban tan poco que no valía la pena ir a buscarlos a los nidales; y como la señora había puesto el tachó a hervir para tomar mate, cogió

dos puñados de la canasta y los puso a hervir hasta que tuvo rezados tres creídos.

El minero se fue muy contento y agradecido con su docena de huevos duros, y con eso le alcanzaron las fuerzas para llegar a las minas, donde se decía que la gente se estaba aburriendo de tanto corral plata de pña.

Como a los diez años de trabajar su veta, el minero vio que ya había juntado su buen poco y que lo mejor sería partir para su tierra a socorrer a la familia. Pero tuvo muy presente su promesa de pasar por donde la señora que tenía la crianza de pollos, para cumplirle la palabra. Ahí mismo paró la tropilla de burros que venía arcando, y golpeó la puerta.

Al rato vino a salir una viejita medio cegatona y sorda de yapa, que se quedó mirándolo por encima de los espjuelos.

—¿Que ya no me reconoce, mamita? —le gritó junto a la oreja—. Yo soy aquel caminante que pasó por aquí sin cocaví, y usted lo habilitó con una docena de huevos. Bueno, aquí vengo a cumplirle lo prometido. Una de estas cargas de plata es para usted; elija la que más le guste.

Y ahí mismo el minero fue descolgando unas cuantas por el corral. La vieja no entendió muy bien lo que le proponía, pero comenzaba a pasarle lo que a otros, que con los años se van poniendo avarientos.

—Dígame, joven: ¿es verdad que todo lo que llevan los burritos es plata? ¿Y «usted» fue a ganar toda esa plaita después de que yo le fié los huevos?

La veterana no podía conformarse con una carga, cuando los burros eran tantos. Y pensaba que si ella no hubiera tenido tan buen corazón, el hombre se muere de hambre sin remedio, y entonces buena minita que se hubiera encontrado...

—A ver, ¿cuánto tiempo dice que hace que le entregué esos huevos?

—Calcule que harán bien sus diez años, mamita. Fue antes del temblor grande.

El gesto se le avinagró del toda a la vieja.

—¡Puchas la gente «desconsidera!» —rezongó—. Querer contentarme con una carguita de plata, cuando si yo guardo mis huevos y se los doy a empollar a mis gallinas, ¿cuántos miles y miles de pollos crece que tendría ahora? Tener la desfachatez de venirme con esos cuentos. ¿O crece que por andar vestida de lana, han de tomarla a una por oveja? ¡No, señor, ayúdeme a «dentrar» la tropilla al corral. Le digo que toda la plata es mía!

Y tirón por aquí, garrotazo por allá, ella misma encerró a todos los burros y le puso la tranca a la puerta. El minero, que era un alma de Dios, no atinaba qué hacer con aquella vieja loca. Echarle la puerta abajo y llevarse sus burros a la fuerza tal vez hubiera sido peor.

Había tomado, pues, para el pueblo, arrastrando los pies y con la cabeza gacha, cuando oyó que le decían en tono medio alegre:

—¿No me dirá, amigo, qué es lo que se le ha perdido? Era un hombrequito de chaqué plomo, con la nariz

como tomate remaduro, y algo como convivio y no como convivie. El minero tenía ganas de desahogarse del atropello y se lo contó todo al borrachito.

—¿Y eso es lo que le ha puesto el ánimo por el suelo? No se le dé nada, amigo. Mire que yo soy «abogado recibido», y le prometo ganarle el pleito a la vieja mañana mismo. Pase a que lo citen a comparando para las dos de la tarde, y espérame en el «juzgado».

Y le sacó el último peso que le quedaba, para seguir emborrachándose.

Al otro día, ya estaba el minero donde el juez, también la vieja, y el tinterillo sin aparecerse por ningún lado.

—¿En qué anda su abogado que no llega? —le preguntó el juez con cara de vinagre al minero—. Le advierto que si no cumple con la citación, lo condeno con costas.

Las dos que las están dado, y el tinterillo que entra muy acalorado y barriendo el suelo con el sombrero.

—Le ruego a Usía me perdone si lo he hecho esperar; pero tenía tanto apuro en cocer una cebada antes de sembrarla...

El juez lo paró en seco.

—¿Qué es esto de cocer la semilla, eh? ¡Vaya a contarle eso a su abuel! —gritó, pegando un golpe en la mesa que por poco la parte—. Continúas que me tiene esperándolo el caballerito, salirme ahora con ese disparate.

—Me extraña, Su Señoría, que se enoje conmigo por lo que acabo de decirle, y muy bien que tuvo paciencia para oírle a esta mujer que reclama miles de pesos por la

crianza que iba a sacar de una docena de huevos duros que le fió a este buen hombre.

—¡Cómo! —exclamó el juez, saltando así tan alto de su asiento—. ¿Estraban cocidos los huevos, entonces? ¡juró decir verdad!

—Así fue, señor; por mejor se los di duros.

—Bueno, amigo —le dijo el juez al minero. Páguete su real y medio a esta vieja abusadora, y llévase su platita, que harro le ha costado ganarla.

El tinterillo recibió su carga de plata por lo bien que defendió el pleito, y el minero salió arreando sus burros, contento como unas «pascuas».

Afuerinos

Luis Durand

—¡Suerte más perral! —rezongó Rosendo Farías, al echarse de nuevo el saco de “monos” al hombro—. Ni qu’ estuviéramos apestaos. Hay que ver la gente bien desconsiderá pá’ ayudar al pobre. Y di hay, ¿qué hacimos? —interrogó, volviéndose hacia su compañero, que, sentado en la cuneta del camino, se amarraba despaciosamente una chala.

—La alojá es la molestosa —repuso el otro con aire distraído, pasándose el revés de la mano por la nariz roja de frío.

—Sí, pue, la alojá no más será —agregó de nuevo Farías, con irritado acento—. El hambre que nos maltrata serán florecitas en el ojal, ¿no es cierto?

Miraba a su “cumpa”, de soslayo, en una actitud que le era peculiar, muy abierto e inmóvil el ojo izquierdo, enturbiado por una nube. Era un hombre alto, delgado, con el rostro derrumbado por el cansancio y las penurias de una existencia aporreada. Unos pelos ralos le poblaban a retazos la cara y, junto a la nariz, como un torrente seco, una ancha cicatriz le cruzaba la piel.

—¿Y qué sacii con ajisarte? No vamos a componer el apero por andar chillando como rueda sin aceite. O vos creís que yo no llevo hambre... Tengo también las tripas que ya me hablan.

Sonreía entreabiertos los labios gruesos y sensuales, mostrando unos dientes blancos y enteros, capaces de devorar a un bucy. A guisa de chalina, se abrigaba el cuello con un ponchito desflocado. Y sobre la frente despejada se le iba un mechón de pelos negros como sus ojos, alegres y brillantes. Álvaro Pérez estaba hecho, sin duda, de otra pasta harro distinta de la de su malhumorado compañero de correrías.

Echaron a nadar de nuevo por el reborde alto del camino, sorteando el barrizal que en los bajos se convertía en lagunas espesas, de color chocolate. Un crepúsculo húmedo, de luz mermada prematuramente, daba triste entonación al canto o silbido de los pájaros cuando pasaban volando bajo unas nubes negras y amenazadoras.

En la distancia, clareó fugazmente el horizonte, tiñendo de rosa y amarillo algunas nubes. Pero aquello fue solo como la insinuación de una sonrisa, pues muy pronto la luz se veló de nuevo y las sombras se apretaron, desdibujando el contorno de los árboles, de los ranchos próximos al camino y los de algunos vacunos que, de rato en rato, bramaban desolados en el fondo de los potreros.

—Va a llover qu'es vicio—exclamó Pérez. Y la del diantre que por aquí ni autos pasan pa que nos acarreen a un hotel, a onde podamos servirnos una güena cazuela di ave y unas varas de longaniza, con su medio cántaro

de mosto, pa calentar las tripas. Después nos iríamos a dormir en un colchón bien alto y el riñón abrigao, con una de esas frazadas capaces de hacer sudar a un riel. Si la plata hay que gastarla, huacho.

—¡Ej! Dale güira no más a la lengua. L'hambre te está haciendo difariar. Yo no sé qué objeto tendrá eso de andar hablando vanidades. Más es la pica que baja.

—Las cosas tuyas! Pa divertirlos, pues ho. Pior es ponerse trágeloso. Continás que uno se marca, queda en los mismos pelos. Si la vida del pobre es así... Y como no habimos conocío otra.

—Muy verda es—convino Rosendo—, pero no por eso nos hemos de conformar. Dare vos cuenta que los animales, con ser brutos, viven mejor que nosotros. No pasan necesidades y tienen su güen gualpón a onde duermen bien reparaos. Lo que el pobre no merece muchas veces ni un pedazo de rancho pa favorecerse de la lluvia.

—Razones son ésas. Pero el hombre no saca na con lamentarse si no hace empeno a buscarse un acomodo. A naide le cae la breva pelá y en la boca. Es preciso considerar una cosa también, y es que a nosotros los gusta tantísimo la tomáura. Somos más sufríos p' al litro que p' al arao. Y es qu'es tan bonitazo andar por el camino sin que naide lo gobierne a uno. Dándole gusto al cuerpo no más. Y toparse por ey con los pobres gallos afirmándolas día a día, a la siga de los güeyes.

Rosendo Farías masculió algunas palabras que Pérez no se preocupó de averiguar. Silbaba ahora una vieja

tonada, la única que sabía, y que jamás dejaba de recordar cuando lo roía alguna preocupación.

El Negro Pérez era de carácter risueño y francote, detrás del cual ocultaba todo cuanto lo podía hacer desmerecer ante el propio concepto de su hombría. En ese momento iba meditando en la razón de haberse apareado con Farías, que con su cara de vinagre y su voz chillona, no caía bien en ninguna parte.

El día antes, sin ir más lejos en sus recuerdos, pasaron a pedir trabajo en un fundo cuyas casas se divisaban desde el camino.

Los atendió el propio dueño, un hombre de aspecto bonachón, que los miraba con unos grandes ojos pardos, mansos y tranquilos. Después de oír la petición que le formularon, les contestó amablemente:

—Trabajo tengo, y al buen peón aquí no le va mal. Si quieren quedarse, pascen a la cocina a comer y ahí hablan con el mayordomo cuando llegue la gente a entregar el apero.

El Tuerto Farías se lo quedó mirando con su actitud característica: el ojo turbio muy abierto e inmóvil y el otro de soslayo. Con chillona voz de tituke en día de lluvia, preguntó:

—¿Cuánto pagan aquí?

Y cuando el hacendado se lo dijo, Farías desdeñosamente replicó:

—¡Chis!, por esa plata yo no le trabajo a naide. Pa eso, mejor estoy sentado en mi casa.

El dueño se encogió de hombros, sin pizca de malicia.

Afirmándose el fiador del sombrero y levantando las riendas del caballo que lo esperaba, les dijo a manera de despedida:

—Que les vaya bien!

Al Negro Pérez, no obstante el disgusto que aquella salida de tono le causara, le dio una loca tentación de reírse a gritos. Y, ya en el camino, le dijo:

—Güeno, pue ho, ¡ahora nos iremos a sentar a tu casa!

Y ante la furiosa mirada de Farías, Álvaro Pérez había dejado escapar el atropellado tumulto de carcajadas que le estaba haciendo cosquillas en la garganta. Esa noche durmieron al abrigo precario de un muelle de paja que encontraron al paso. Muy trillado por los animales y ya pasado por el agua de las lluvias, aquella alojada fue harto penosa. Apenas clarearon las primeras luces, Pérez se enderezó entumecido, exclamando:

—Oye, ta güeno que le mandás a componer el techo de tu casa. Tengo la cara como cartón con la garuga de anoche. Güeno, pues, hombre, llama luego a la empiá pa que nos traiga desayuno. A mí me gusta el caldo por la mañana.

Mediante algunos escasos centavos que les quedaban, comieron pan con ají en un chinchel del camino. Rosendo caminaba silencioso y huraño, rumiando su mal humor. El Negro, indiferente, como si no lo afligiese ninguna preocupación. Sin embargo, iba decidido a aprovechar la primera oportunidad que se le ofreciera para separarse de su inconfortable amigo.

Bajo un cielo nuboso, la noche se había extendido por

el campo. En los charcos se oía el metálico croar de los sapos, mientras los perros, desde los ranchos distantes, comenzaban a bravuconearle a la oscuridad, engendradora de fantasmas. El viento húmedo le mojaba la espalda, hornigueando en la carne, con helada insistencia.

La mezuquina luz de una fogata interior les mostró en un recodo una vivienda. Y de común acuerdo se acercaron a ella para hablarles a sus moradores. El Tuerto Farías, con la voz más melosa que pudo sacar, exclamó: —Buenas noches toa la gente. ¿Podríamos hablar con el dueño de casa?

Por la ventana que daba al callejón, asomó el rostro de una mujer desgreñada y flaca, con una criatura en los brazos. Sus ojos curiosos trataron de perforar la oscuridad para ver a los que llegaban. Recelosa, inquirió: —¿Quiénes son ustedes?

—Gente honrá, señora. Por favor, dígalos si podríamos hablar con su marido.

—¿Ya durmiendo el dueño de casa. ¿Que lo conocen ustedes?

—No, pero como somos forasteros de pu aquí y como no tenemos conocencias, quisiéramos pedirle una ayuda. Andamos con harre necesidad y no tenemos ni a onde alojat.

El gruñido irritado de un quiltro se oyó en ese momento, junto con la voz de un chiquillo que habló medrosamente.

—¡Taitita! Despiértese, taitita.

Fastidiada, la mujer lo hizo callar.

—Cállate vos, chiquillo intruso —y dirigiéndose a los hombres, les habló en seguida con voz desabrida y quejumbrosa, en la que no obstante se advertía cierta compasión por ellos—: Oigan. No sacan na con hablar con Filidor, porque no tenemos ni una na con qué poderlos favorecer. Es mejor que sigan hasta La Rinconada. Allí pueden encontrarse algún acomodo, aunque sea pa dormir. A la vuelta del cerro está la casa de on Jesús Chandía, qu'es hombre rico y muy güen cristiano pa tratar al pobre. Hasta trabajo les puede dar, porque endenantes no más le oí decir a mi marido que al jutre le estaba haciendo falta gallá pa la siembra. Por ahí van bien, porque lo qu'es p'al pueblo, es casi toa gente pobre la que vive. Continás que no hay casa a onde no tengan enfermos. Ha cargado mucho una epidemia que la mientan gripe. Es como cotipao con calentura. Y el pobrerío es el que más padece. Va duro el año este...

A la mujer se la había desatado la lengua, y llevaba intenciones de seguir adelante con su cháchara, cuando el Negro Pérez se la cortó de pronto, diciéndole:

—Muchas gracias, señora. Que pase güenas noches con toa la campaña.

Rosendo Farías, que escuchaba con gran interés la conversación, pues era muy aficionado a esta clase de tertulias, pegó un respingo de caballo rabioso, se tocó el ala del sombrero y con aire grave aprobó las últimas palabras de la mujer:

—Malo va el año. Muy verdá, señora.

A poco andar encontraron el cerro de que les habló la

mujer. En la oscuridad era como un enorme monstruo informe que, recostado junto al camino, acechaba a los viajeros. Descendieron hasta un bajo abrigo por unas pataguas y luego subieron hacia el alto, en donde el viento vino de nuevo a clavarles sus heladas agujas. Arriba, las nubes se habían desgarrado para mostrar un cielo lívido, de difusa claridad lunar. Caminaban ahora junto a una tapia, por encima de la cual algunos árboles extendían sus ramas hacia el camino. En el interior, oíase el ronco vozarrón de un perro que ladraba a intermitencias.

Al final de la tapia se alzaba un largo edificio de construcción ligera y en seguida, una casa de adobes, en cuyas ventanas, a través de los postigos cerrados, se filtraba la luz del interior. El Negro Pérez se acercó a poner el oído junto al postigo y después de escuchar un momento exclamó en voz baja, atrayendo por una manga a su compañero:

—Oye, gallo. ¡Tan cuchariando en lo mejor! Aquí sí que nos puede ir bien. Vos sabís que guatita llena de corazón contento. Cómo van a ser tan piratas que se nieguen a favorecerles con algo.

—¡Mi maitre! Se me está haciendo agua la boca. Me recomendará si no son porotos con chicharrones los que están comiendo.

Tras una prudente espera, golpearon discretamente. Oyóse adentro el ruido de una silla que se aparta y luego unos pasos enérgicos hacia la puerta. En seguida la pregunta de rigor, formulada con voz recia:

—¿Quién llama?

Esta vez fue el Negro Pérez quien se apresuró a contestar, dando a su acento la mayor amabilidad que pudo:

—Somos nosotros, patrón Chandía, que queremos hablar unas palabras con su mercé.

Crujió una tranca y rechinó una llave antes de que se abriera la puerta. En el vano de ella apareció la voluminosa figura de Jesús Chandía, con un sombrero alón metido hasta las orejas y envuelto en un poncho largo, color vicuña. Sus cejas canosas y erizadas se arquearon, tratando de identificar a los recién llegados. Después, su vozarrón inquirió:

—¿Qué se les ofrece?

—Andamos buscando liga a onde ponerle el hombro, patrón Chandía, y como sabemos que su mercé está necesitando güena gallá, venimos a ofertarlos con mi compañero. En el trabajos somos rotos harto sufríos y empeñosos.

Jesús Chandía irguió su alta figura, dejando escapar un ¡ejem!, tan sonoro y vigoroso, que pareció quedarle vibrando en el pecho. Después de sonarse estrepitosamente con un gran pañuelo floreado, les dijo con voz de severa reconvencción:

—Pero estas no son horas de venir a molestar a una casa. El buen peón llega a la luz del día a pedir trabajo y no anda ocultándose en las sombras de la noche. Para mí que ustedes son rotos mañosones.

Iba a contestar el Tuerto Farías, pero el Negro lo atajó, diciendo alegremente:

—La purita qué es bien verdá lo que nos dijeron de que usted era muy divertío, patrón. ¡Qué vamos a ser rotos mañosos! Pregunte usted en «Santa Teresa», en «El Peumo», o aquí más cerca, en «Las Rosas», y le dirán quiénes somos nosotros. Aguaité, su mercé, estos tremendos callos. Lo que hay es que se nos hizo tarde, porque los caminos están muy barrocos y pesaos y andamos necesitados de echarle algo por debajo del bigote.

Jesús Chandía apoyó la mano sobre la puerta, en la actitud de cerrarla, diciéndoles:

—De noche no entro en tratos con nadie. Si quieren trabajo, vuelvan mañana, que será otro cuento.

—Conformes, patrón, pero hágase cargo que andamos entumidos y con hambre. Lo que su mercé disponga se lo agradecemos.

Sin contestarles, Chandía dio un grito hacia el interior de la casa.

—¡Ermelinda! Ve si hay comida en la cocina y tráete dos raciones. También un pan grande. ¿Andan trayendo en qué recibir comida ustedes?

—Sí, patrón. Aguárdese un momentito.

Apresurados buscaron entre las pilchas de su saco un jarro de latón grueso, que alargaron a Chandía. A tiempo de recibirlo, este volvió a gritar:

—¡Que venga caliente esa comida!

Al poco rato apareció Ermelinda, una moza de carillos encendidos, ojos vivos y una naticita respingada que le agraciaba. Traía una fuente llena de porotos que despedían un vaho cálido y apetitoso. Los vació en el

jarro de aquellos huéspedes no convidados y se los pasó junto con un gran pan. Pérez le dijo:

—En su nombre nos vamos a servir esta comidita. ¡Qué rica ha de estar! Se ve que la hizo usted, prenda.

Chandía en ese momento exclamó desde el medio del pazadizo:

—¡Cierra bien la puerta, mujer!

—Muchas gracias, patrón Chandía... ¡Hasta mañana! Otra vez las tinieblas del camino. Mas ahora llevaban adentro una loca alegría que era como un rayo de sol.

Rosendo Farías, enternecido, dijo con trémula voz.

—Seco el viejo, pero harto güen cristiano, no se puede negar. ¡Toy dispuesto a trabajarle una güena tira de días. Tamos necesitando unos cobres pa comprar tantísimas faltas. Ni pa los vicios habimos tenido estos días. Yo, cuando no pito, te diré que me pongo bien lle. Oye, vamos p'al bajo a merendar, porque allí hay muy güen reparo.

—Esa es la letra. Los juimos dijo la venida. Ahí estaremos bien y después nos serviremos una güena cachá e mosto blanco, de ese que pasa por debajo del puente.

Comieron amistosa y fraternalmente, conversando de las incidencias de su cotidiano deambular. El estero gorgoricaba leve a pocos pasos de ellos. Arriba, el cielo se había limpiado, dejando ver algunas estrellas.

—Parece que quiere componerse el tiempo —opinó el Negro Pérez, echando una rápida mirada hacia el cielo en el momento de levantarse para ir a lavar su cuchara—. Oye, voy a ver cómo anda la cosa por aquí pa que arreglemos el dormitorio.

Crujieron las ranas del pequeño monte en donde se metió. Después gritó:

—No sirve esto, gallo. Tã muy húmedo. Se nos puede echar a perder el colchón aquí. Vamos a tener que seguir taloncando pa La Rinconada.

De allí somos, pues—le contestó Farías, con el ánimo muy levantado.

—¡Ah, chitas que te hicieron bien los porotos ho! Yo creo que ahora serías bien capacito de dormir parado debajo de un árbol.

—Volatario que me hallo...

Pero, al pasar junto al galpón de Chandía, oyeron el recio estornudo de un animal y acercándose más, el poderoso crujir de sus dientes triturando el pasto. De pronto el Negro dio un brinco de júbilo.

—¡Oye, oye! Aquí hay una ventana, y si no tienes barrotes, estamos al otro lao. Atrácate, con eso me encumbras.

De pie encima de los hombros de Farías, el Negro alcanzó la ventana. Un juramento se escapó de sus labios al comprobar que la defendían gruesas barras de hierro.

—Abájate luego, ho, si estamos pa nunca—rezongó Rosendo.

—¡Chiiiii! Aguántate un ratito, gallo, mira que una barra está jugando. Conque la saco, pasamos pa entro como un aceite.

Afortunadamente, la vigueta que sujetaba los hierros estaba ya prodrída y fue cediendo poco a poco, hasta desasillarse. Pérez apartó el barrote y metió los brazos

hacia adentro. La lisa y tibia suavidad de la paja le acarició las manos. Afirmándose en el marco, se alzó de un envión y, una vez adentro, se volvió para asomarse hacia la calle a decirle con voz gozosa a su compañero:

—Pase no más adelante, on Farías, mire que la noche está muy helada y se puede cotipar.

Una alegre risotada fue la respuesta. Farías le pasó los sacos con los «monos» y Pérez, a tiempo de recibirlos, le advirtió:

—Oiga, on Farías, no vaiga a dejar la sobrecama abajo. Es preciso cuidar las prendas ahora, porque están los tiempos muy estériles.

Alargándole la correa de la cintura, ayudó a Farías en la subida. Adentro había una atmósfera tibia que olía a estiércol fresco y a pasto seco. En el recinto contiguo oíase a los animales que seguían devorando su ración.

Enterrados en la paja, conversaron un rato. Al Negro se le ocurrió preguntar:

—Oye, gallo, y vos cuánto tiempo hace que te dedicai a los viajes.

—¡Bututui! Montón de tiempo, pues, ho. Pa no mentire, te diré que yo ey sío siempre muy trajinante. Me entra un tremendo aburrimiento cuando estoy mucho tiempo en una parte. Y entonces me las emplumo a la sin rumboque... Pero el hombre andante padece mucho tiempo.

—Se padece. A mí a veces me tira a quedarme por ey, arranchao. Y buscarne una mujer que me haga la merienda y me costure. Así se anda como jergel de tirilento.

—Es cierto. Pero la mujer es muy llevá de sus ideas y muy amiga de gobernar al hombre como chiquillo mediano. Y en tocante a esa cuestión yo soy muy ríspero. El hombre, cuando la mujer quiere pagarse de su capricho, debe ser muy tieso de mechas. Si no, tá perdíó. ¿No te parece?

En las lindes del sueño, Pérez murmuró algunas palabras que no se entendían. En seguida se oyó su ronquido acompasado. Rosendo Farías era de sueño tardío y se quedó oyendo el susurrar del viento y los chillidos de las ratas, que se festejaban con algún pedazo de sebo en el cuato de los aperos. No supo cuándo se durmió con un sueño sobresaltado. A ratos volvía a oír las palabras entrecortadas del Negro Pérez, que en un trabajoso diálogo contestaba a algún misterioso personaje que visitaba su sueño.

Y, en efecto, Pérez soñaba con una puebla que lo tenía obsesionado allá en la hacienda de «Las Mercedes», en Talagante. Estaba situada en una pequeña vega, junto a un camino interior. En el fondo, entre maquis, culenes y chilecos, pasaba el estero, con el que se regaba esa treceña negra y mullida, muy a propósito para sembrar hortalizas y legumbres. En ese fundo, él había hecho mérito largo tiempo, hasta captarse la simpatía del administrador. Y mientras maduraban sus proyectos, le echaba el ojo a la Rosa Amelia, la hija de on Paredes, un mediero ricachón. Pero cuando le manifestó sus aspiraciones al administrador, este le cortó el aliento de raíz con una rotunda negativa. Aquella puebla estaba

en poder de un antiguo sirviente, muy apreciado por el patrón. Pensar en quitársela era como hacerle una raya a la luna. Y más él que era un afuerino. Era imposible.

Y esa noche soñaba que había vuelto a «Las Mercedes».

Estaba de ayudante de capataz y caminaba por una larga alameda, en donde silbaban los zorzales, montando en un alazán cariblanco que tenía una tienda de primera. Se dirigía hacia la puebla de la vega que por fin había conseguido para él y la Rosa Amelia, su mujer. ¡Qué lindo estaba todo! Unos cardos azules junto a las trancas, y más adentro, varas de amapolas florecidas. Primavera de luz transparente y cálida. Un chanchito overo, amarillo y negro, dormía en el patio, haciendo un ¡hoho! delicioso. Y en el fondo de la huerta, las flores amarillas de los zapallos, cuyas guías se encaramaban por las ramas secas.

Subiendo el repecho venía una vaca clavela bramando, con su ternero que la cabeceaba hambriento. Y tras ella, Rosa Amelia, con la correa de manear y las mejillas rojas como las amapolas que el vienteiro jovial y travieso agitaba suavemente.

Álvaro Pérez sintió la noche de un suspiro. Aquellos porotos calientes y sabrosos, y esa paja en la que se dormía tan abrigado, eran como para soñar sueños de dicha. Sintió una furia atroz cuando el frío de la mañana vino a despertarlo.

—¡Caracho, quién pudiera quedarse dormío pa siempre cuando sueña cosas tan relindas!

Se enderezó fastidiado. En la penumbra del amanecer se oía el rumor del campo que despertaba. Gallos que

cantaban, perros ladrando, relinchos de potrillos, y más cerca, el chismorreco jubiloso e indiscreto de las aves del corral. Y a ratos, un silencio profundo que hacía grave el rumor del viento, cuyos dedos entumecidos no eran capaces ni de insinuar melodías.

Después de dormir en ella, al Negro Pérez lo afibraba la paja. Bajó apenas despertó, para darse cuenta del panorama que lo rodeaba. Al otro lado había una yunta de bueyes, un caballo y dos vacas. Una de ellas era una clavela de narices rosadas y húmedas, que lo miraba con una dulce y asombrada viscosidad. En el cobertizo del frente dos terneros trataban vanamente de escaparse por la puerta del chiquero que resistía tercamente sus atropelladas.

Una alegre idea vino a acurricarlo. Un desayuno con leche sería estupendo. Y él era harto baqueno para ordeñar. Sin pensarlo más, sacó al ternero clavel, lacedado con su correa de la cintura, y lo llevó donde su madre que lo recibió bramando bajito, con temblorosa ternura. Sin alzar mucho la voz llamó:

—Rosendo. ¡Despiértate, hombre! Pásame el jarro pa lechar esta vaquita que nos mandó p'al desayuno on Chandía. No se puede negar qu'es harto atento el jitre. Aún medio dormido, bajó Rosendo con el tiesto. Y muy pronto, un grueso chorro comenzó a sonar dentro de él. Era leche tibia y substanciosa, alimento de primer orden que sus paladares no saboreaban con frecuencia. Rosendo se sirvió un trago largo y se volvió a repetir. Después tomó lentamente Pérez, gozándola con visible

deleite. En seguida ofreció de nuevo a Rosendo, pero este, muy cumplido, rehusó:

—Ya no soy capí pa más. Te lo agradezco. Y sería güeno que jugarai abreviando, no sca cosa que se levante el jitre y nos eche una elevada.

Pérez le contestó:

—Fíjate, hombre, lo que es la vía. Anoche dormí soñando que estaba allá en «Las Mercedes», viviendo en la puebla de on Quiñones. Y la Rosa Amelia era mi mujer. Teníamos chanco, vaca y cuanto hay. Me está bajando pensión de recordar too eso, te diré. Ganas de envélarmelas pa allá. ¿Qué decís vos?

Era un hombre serio Pérez, y fue de nuevo a encerrar el ternero. En seguida subieron al pajar y se descolgaron hacia la calle por la ventana. En ese momento el sol, como un rubí gigantesco del cual se desprendían llamas enrojadas, se encumbró por encima de un cerro. Y la luz, con su aliento vivificante, animó e inundó de alegría todo lo que se extendía por el campo.

Rosendo Farías exclamó:

—¡Lindo día, hombre!

—¡Lindo!

Y fue entonces el Negro Pérez quien propuso:

—¿Qué te parece que volvamos otro día a trabajarle a on Chandía?

Rosendo, con aire de fatiga y displicencia, repuso:

—Muy justo. Alguna vez el pobre también ha de darse gusto en algo.



Selección de los mejores cuentos de significativos autores chilenos ordenados de menor a mayor complejidad comprensiva. La obra pretende acercar al niño a la lectura entregándole narraciones entretenidas y cercanas a sus intereses. La selección incluye cuentos de Marta Brunet, Marcela Paz, Oscar Castro, Alicia Morel, Ana María Güiraldes, Saúl Schkolnik, Carmen de Alonso, Daniel Riquelme y Luis Durand.

Floridor Pérez nació en Yates, Xª Región de Los Lagos, en 1937. Como profesor, ha realizado una vasta labor en la enseñanza básica, media y universitaria, tanto en el aula como en la creación de libros de estudio del lenguaje, la literatura y de lectura complementaria. Como poeta ha publicado también numerosos libros. En 1990 obtuvo la Beca Fundación Andes de Escritor en Residencia en la Universidad de Concepción. Ha dictado cursos de poesía chilena en la Universidad Andrés Bello y desde 1988 es coterector del taller de Poesía de la Fundación Pablo Neruda.

CÓDIGO 6753



DATOS BIOGRÁFICOS DE LOS AUTORES

- **Marta Brunet.** Nació en Chillán, el 9 de agosto de 1897. Hija de Ambrosio Brunet Molina y María Cáraves de Cossío. En su adolescencia viajó mucho por Europa. Ejerció la carrera diplomática. Premio Nacional de 1961. Murió en Montevideo el 27 de octubre de 1967. El texto reproducido pertenece al libro *Cuentos para Marisol*.
- **Juan Tejeda.** Nació en 1915. Periodista que cultivó con acierto la crónica humorista, con el seudónimo de Máximo Severo, fue también cuentista y novelista. Murió en 1972. "La maldad de la goma" pertenece a *Cuentos de mi escritorio*.
- **Herbert Müller.** Nació en Viña del Mar, el 19 de febrero de 1923. Estudió Arte Dramático. Celebrado escritor de los años 50, abandonó la literatura activa. Murió en enero de 1995. "Blup", cedido especialmente para esta antología en 1985, pertenece a su libro *Perceval y otros cuentos*, 1954.
- **Marcela Paz.** Seudónimo de Ester Huneus de Claro. Nació en Santiago en 1904. El éxito de *Papelucho*, traducido a varios idiomas, llevó a convertirlo en toda una serie de libros infantiles. Premio Nacional de Literatura, 1982. Murió en Santiago el 12 de junio de 1985. "El sexo débil" pertenece a su primer libro, *Tiempo, papel y lápiz*, 1933, y su autora quiso escribirlo en una nueva versión, especial para esta antología, texto que que nos entregara pocos meses antes de morir.
- **Carlos Ruiz-Tagle.** Nació en Santiago en 1933. Perteneció a la Academia Literaria del Saint George College. Miembro de la Academia de la Lengua. Novelista, cuentista y crítico. Murió en 1991. "Los soldados", entregado personalmente por su autor para esta antología, pertenece a su libro *El jardín de Gonzalo*.
- **Alicia Morel.** Nació en 1921. Publicó su primer libro antes de los 20 años. En colaboración con Marcela Paz escribió el libro *Perico trepa por Chile*. Su obra más representativa es *La Hormiguina Cantora y el Duende Melodía*. En 1985 nos entregó inédito "Los reinos de la Tierra", especialmente para esta antología.
- **Carmen de Alonso.** Seudónimo de Margarita Carrasco. Nació en La Serena, el 23 de octubre de 1909. Murió el 4 de Mayo de 1993. Sus libros más representativos son *Medallones de Sol y Medallones de Luna*. Pero quiso que en esta antología apareciera "Los amos de la laguna" que nos entregara inédito en 1985.
- **Ana María Guiraldes.** Nació en Linares, en 1949. Le solicitamos "El volantín azul", especialmente para esta antología en 1985, mucho antes que la literatura infantil de esta autora alcanzara la divulgación que actualmente alcanza. Desde 1987 escribe asociada con Jacqueline Balcells recreaciones literarias de temas históricos, como su exitosa serie "Un día en la vida de..."
- **Saúl Schkolnik.** Nació en 1929. Posee los títulos de arquitecto y profesor de filosofía, pero desde 1979 se dedica a construir cuentos que enseñen la hermosura y los riesgos de la naturaleza, como en su libro *Érase una vez un hermoso planeta llamado Tierra*, recomendado en el Programa de sexto básico, al cual pertenece el cuento "Yo como, tú comes, él come."
- **Daniel Riquelme.** Nació en Santiago en 1854. Algunos críticos lo considerarían el primer autor de cuentos criollistas. Participó como corresponsal en la Guerra del Pa-
cífico, de donde proviene su libro más representativo, *Bajo la tienda*, al cual pertenece "El perro del re-gimiento". Murió en Suiza el 9 de agosto de 1912.
- **Óscar Castro.** Nació en Rancagua el 25 de marzo de 1910. Fue periodista, bibliotecario y profesor de castellano en su ciudad natal. Poeta, cuentista y novelista. Un libro representativo es *La comarca del Jazmín*, al cual pertenece el cuento "Lucero". Murió el 1 de noviembre de 1947.
- **Ernesto Montenegro.** Nació en San Felipe en 1885. Fue profesor de la primera Escuela de Periodismo de Chile. Su padre fue el menor de 23 hermanos, y no es raro que uno de ellos le contara sus *Cuentos de mi tío Ventura*, famoso libro al que pertenece el cuento que publicamos. Murió en Santiago en 1967.
- **Luis Durand.** Este año se cumple el centenario de este escritor nacido en Traiguén el 12 de julio de 1895. Su libro más representativo parece ser su novela *Frontera*. Murió el 11 de octubre de 1954. El cuento incluido es muy representativo de la tendencia criollista que Luis Durand representó, y da título a su libro *Afueros y otros cuentos*.